



HOMENAJE DE LOS PASTORES DEL PUEBLO AL CARDENAL DEL PUEBLO

Autores:

P. Augusto Aliaga R., sdb

P. Alfonso Baeza D.

Monseñor Cristián Contreras V.

Cardenal Francisco Javier Errázuriz O.

Monseñor Ricardo Ezzati A., sdb

P. Gustavo Ferraris D., sdb

Monseñor Alejandro Goic K.

P. Antonio Hidalgo D., sdb

Monseñor Jorge Hourton P.

Hermana Francisca Morales S.

P. Miguel Ortega R.

Cardenal Carlos Oviedo C.

Monseñor Bernardino Piñera C.

P. Eugenio Pizarro P.

P. Cristián Precht B.

P. Leonardo Santibáñez M., sdb

P. Luis Eugenio Silva C.

P. René Vio V.

Presentación

Reinaldo Sapag Chain

EDICIONES COPYGRAPH

**Homenaje de los Pastores del Pueblo
al Cardenal del Pueblo**

Primera edición

Con las debidas licencias

Registro de Propiedad Intelectual N° 187.712

I.S.B.N.: 978-956-7119-45-5

Ediciones Copygraph Ltda.

Rafael Cañas 270, Providencia

Fono: 48 20 200 - 48 20 211

Correo electrónico: editorialcopygraph@gmail.com

Santiago, Chile

Diseño de portada: Claudio Sapag Puelma

Impresor: Alfabetas Artes Gráficas

Fono: 364 9242

Carmen 1985

Se terminó de imprimir en marzo de 2010

ÍNDICE

Presentación	7
Testimonio del padre Augusto Aliaga Rojas, sdb El ocaso del padre	9
Testimonio del padre Alfonso Baeza D. Don Raúl y la evangelización de los trabajadores	15
Testimonio de monseñor Cristián Contreras Villarroel Cardenal-Catedral. Evocaciones de un niño y de un joven seminarista	19
Testimonio del cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa Abriéndole espacio a un carisma en la Iglesia	25
Testimonio de monseñor Ricardo Ezzati A., sdb El cardenal Raúl Silva Henríquez, sdb: “Espléndida armonía entre naturaleza y gracia”	35
Testimonio del padre Gustavo Ferraris, sdb Mi padre cardenal	41
Testimonio de monseñor Alejandro Goic Karmelic Su sueño de Chile es el nuestro	47
Testimonio del padre Antonio Hidalgo D., sdb El cardenal Raúl en mi agenda personal	51

Testimonio de monseñor Jorge Hourton P. La evolución de don Raúl	59
Testimonio de la hermana Francisca Morales Lo que es de justicia	63
Testimonio del cardenal Carlos Oviedo Cavada La visita de un pastor	67
Testimonio del padre Miguel Ortega Riquelme El pastor que me enseñó a ser pastor	71
Testimonio de monseñor Bernardino Piñera Carvallo Fuerte pero prudente	75
Testimonio del padre Eugenio Pizarro Poblete El amor de Cristo nos urge	79
Testimonio del padre Cristián Precht Bañados Hacia el Bicentenario: La urgencia del amor.....	95
Testimonio del padre Leonardo Santibáñez M., sdb Mis recuerdos del cardenal Raúl	103
Testimonio del padre Luis Eugenio Silva C. Rememoranzas	105
Testimonio del padre René Vio V. Compartiendo con el cardenal Raúl	107

Presentación

El querido cardenal Silva Henríquez en su Testamento Espiritual comenzaba diciendo: “Mi palabra es una palabra de amor. He buscado a lo largo de mi vida amar entrañablemente a mi Señor. A Él conocí desde niño. De Él me entusiasmé siendo joven. Si tengo una invitación y un ruego que hacer con vehemencia es precisamente este: que amen al Señor. Que conozcan su Palabra. Que lo escuchen en la oración. Que lo celebren en los sacramentos. Que lo sirvan en los pobres. Y que pongan en práctica su Evangelio en la vida de todos los días”.

Más adelante expresaba: “Mi palabra es una palabra de amor a la Santa Iglesia. Fue la Iglesia doméstica en mi familia, la que me enseñó a orar y a servir. Fue la Iglesia la que me educó en el amor y me regaló la fe. Fue la Iglesia la que me llamó, por el ejemplo de Don Bosco, a servir a los jóvenes y a los pobres. Fue la Iglesia la que me dio grandes responsabilidades a pesar de mis limitaciones. Fervientemente eso les pido: amen a la Iglesia. Manténganse unidos al Papa y a sus obispos. Participen activamente en la comunidad eclesial. Tengan misericordia con sus defectos, y sobre todo sepan apreciar su santidad y sus virtudes. Procuren en todo momento que ella proclame con alegría y entusiasmo la Buena Noticia que su Maestro le encargó anunciar a todos”.

Y en la parte final de su Testamento nos legaba una hermosa reflexión acerca de la noble misión que cumplen los obispos y sacerdotes expresando:

“Mi palabra es una palabra de amor a mis hermanos obispos y a los sacerdotes que con tanto celo sirven a su pueblo. Doy las gracias a quienes colaboraron conmigo en tantas tareas hermosas que emprendimos, primero en la amada Iglesia de Valparaíso, y después en esta muy amada Iglesia de Santiago”.

En otra oportunidad don Raúl expresó:

“No soy nada.

Tú no puedes querer, Señor,
que todo el esfuerzo de este hombre
que Tú llamaste a tu servicio,
sea inútil.

Por tu amor, por tu bondad,
haz que se cumpla la palabra
de tu sacerdote:

te pido que crezca el amor,
que llegue la comprensión,
que los hombres sean hermanos,
que se acabe la violencia,
que se termine la guerra.

Señor, te lo dice el pobre niño
que Tú llamaste hasta aquí,
y que ha dejado muchas cosas
por seguirte.

Tú no puedes dejar de responder a este llamado.

Tú eres mi Padre, Tú eres mi amor,
el único amor de mi vida.

Gracias, Señor.

En este libro se publican diversos testimonios: de una religiosa, de sacerdotes y obispos que vieron en don Raúl, al pastor que se esmeró en cuidar a sus ovejas, de apoyarlas y amarlas en los momentos de mayor dificultad y desesperanza.

Don Raúl fue fiel a su sacerdocio, a su Iglesia y a Jesús, el gran amor de su vida.

REINALDO SAPAG CHAIN

Testimonio del padre
Augusto Aliaga Rojas, sdb

EL OCASO DEL PADRE

Debo manifestar que mi vinculación con el cardenal Raúl Silva Henríquez se remonta en el tiempo a los años de estudiante secundario, por cuanto fue mi director, profesor de Religión y confesor en el Colegio Salesiano Manuel Arriarán Barros de La Cisterna.

Ese vínculo de afecto se mantuvo en el tiempo, por cuanto fue a través de su dirección espiritual que maduré mi vocación religioso sacerdotal e ingresé al Seminario salesiano de Macul. Debo agregar que participé en el grupo de ex alumnos del cual don Raúl había sido por varios años nuestro profesor jefe. Era tal el vínculo que nos unía a él, que nos mantuvimos ligados a su persona, realizando cada año jornadas, auténticos encuentros de hijos en torno a un padre común.

Luego de varios años, los caminos de la Providencia hicieron converger nuestras vidas. Al ser nombrado director de la Casa de Salud de los Salesianos de Chile, en Macul, me encontré allí con don Raúl. El estaba ya enfermo y limitado. Con gran alegría asumí, entonces, el rol de un hijo que se dedica a atender a su padre en su ancianidad.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL PROFETA

Terminado su mandato como obispo, arzobispo y cardenal de Chile, don Raúl continuó sirviendo a la Iglesia. Su presencia carismática era aclamada en todas partes. No solo los pobres, sino que el país, en su gran mayoría, reconocía en él al líder que había organizado el retorno de la democracia, a partir de la defensa de los derechos humanos, durante la dictadura militar. A raíz de lo cual, aun no estando él en el ejercicio del poder eclesiástico, las organizaciones y las comunidades de base le manifestaban un aprecio desbordante.

No obstante haber hecho entrega de los múltiples proyectos sociales que manejaba como arzobispo, su actividad pastoral y social mantuvo una dinámica acorde a su gran capacidad administrativa y de asesoramiento de las iniciativas de pastoral social vinculadas a él.

Como salesiano se reincorporó a la Congregación Salesiana, esto es, a los Hijos de San Juan Bosco para seguir a Cristo Señor, el Buen Pastor. En esta calidad privilegió el trabajo entre los jóvenes en general, como confesor en el Colegio Patrocinio de San José, en el Seminario Pontificio y en la Parroquia de Nuñoa. Su descanso preferido era estar con los niños de la Aldea SOS de Punta de Tralca, que ahora lleva su nombre.

En su servicio educativo pastoral, durante estos años, ya como arzobispo emérito, dictó múltiples conferencias, retiros espirituales, jornadas de reflexión. Las comunidades religiosas y eclesiales lo solicitaban por cuanto traslucía en sus palabras y en su reflexión bíblica su gran cariño a Cristo Jesús.

En esta época Chile vive el retorno a la democracia y el reconocimiento hacia el Sr. cardenal irrumpe en forma avasallante en el nuevo panorama nacional. La ciudadanía toma conciencia en forma absoluta el rol que había jugado en la defensa de los derechos humanos a través de los cami-

nos de la paz y superando los métodos violentos de la revolución armada.

El reconocimiento es unánime y no conoce fronteras de parte de las Iglesias, partidos y organizaciones de diversa índole. Como una consecuencia florecen los actos de gratitud, las manifestaciones en que se le entregan distinciones y premios, las cuales lo constituyen en ese paradigma del Chile que con su eslogan "Raúl, amigo, el pueblo está contigo", reconoce en él al profeta de la defensa de la dignidad humana de los perseguidos y de los detenidos desaparecidos y de todas las víctimas de la pasada dictadura.

EN LA CASA DE SALUD

Todo este entorno y reconocimiento apoteótico hacia quien era considerado el signo de una Iglesia comprometida en la lucha por la dignidad de la persona humana, irrumpió en nuestra residencia, la "Casa de Salud" de los salesianos, donde don Raúl transcurrió sus últimos años.

Su llegada nos cambió la rutina diaria. De improviso el correo epistolario de la Casa se abultó. El número de mensajes se hizo interminable, a nivel nacional e internacional. Eran centenares de gentes que le agradecían sus benévolas gestiones de apoyo, sus trámites personales en favor de su liberación o de la búsqueda de solución de sus conflictos. No era raro encontrar entre estas cartas los saludos de pastores evangélicos, líderes agnósticos y dirigentes marxistas

Fueron muchas las cartas de personas muy humildes: obreros, pequeños comerciantes, madres de familia que a diario le agradecían su ayuda, pero por sobre todo su preocupación paternal y el trato cariñoso que les había dispensado. El Sr. cardenal procuraba responder a todos, sea dictando el texto respuesta a su secretario, sea redactando él mismo algunos renglones.

Recuerdo un momento que para mí me hizo dimensionar la grandeza de ese hombre de Dios, que en forma sencii-

lla y humilde compartía sus días con nosotros. Fue el año 1997, el Sr. cardenal celebraba sus 90 años de vida y la afluencia de autoridades civiles y eclesiásticas, nacionales e internacionales amenazó con sobrepasarnos. Gracias a un buen esquema preparado de parte nuestra y bien informado a los periodistas, a lo que se sumó la comprensión que encontramos de parte de las delegaciones y personalidades, dicho momento resultó muy significativo y emotivo. Fue impresionante el ver cómo todos manifestaban al Sr. cardenal un cariño que conmovía.

Via Internet llegaron múltiples mensajes de congratulaciones al anciano cardenal, muchos exaltando su rol protagónico en la historia de la Iglesia chilena durante la dictadura militar. Analizada posteriormente esta correspondencia nos permitió reconstruir la red de respaldo con que contó el Sr. cardenal, para sostener sus múltiples obras, en especial la Vicaría de la Solidaridad. Desde luego las embajadas de la Comunidad Económica Europea. Cardenales y arzobispos de diversas Iglesias de gran influencia a nivel mundial. Me pude dar cuenta que el cardenal Silva contó desde el primer momento con el respaldo político y económico de la Santa Sede, del Consejo Mundial de Iglesias Protestantes, de Ginebra, de varias Conferencias Episcopales nacionales e influyentes jerarcas de diversas confesiones cristianas.

El estudio que posteriormente se hizo nos demostró el prestigio y respaldo internacional de que gozaba el cardenal Silva Henríquez y la capacidad política extraordinaria con que condujo el gobierno de la Iglesia en Chile

Debido a su salud delicada, por consejo médico se restringieron las visitas. Había días en que amanecía lúcido, otros en que se sumergía en un letargo. Pero, lo permanente era ver a un padre que con sus limitaciones, bendecía, llevando el Rosario en sus manos. Oraba en actitud de diálogo, recitando aquella oración trinitaria de alabanza a Dios y que dice: "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo".

Todos los que lo acompañamos en la “Casa de Salud” podemos dar testimonio de su seguimiento de Cristo. Fiel hasta la muerte siguió al Señor en actitud obediente, pobre y casto.

Como hombre de oración mantuvo hasta el último su diálogo con el Señor siendo fiel a sus prácticas de piedad.

En la comunidad, especialmente en el comedor, nos alegraba con recuerdos, anécdotas entretenidas y con una actitud siempre a favor de la concordia y armonía entre los hermanos.

Su muerte fue un proceso que en forma programada lo acercó al encuentro con el Señor de la vida. Al ver su ataúd avanzando, rodeado por el cariño de una multitud, camino hacia la Iglesia de la Gratitude Nacional, me surgió en el recuerdo su imagen que conocí de joven, aquella que durante sus clases nos hablaba con tanta unción de Jesús. Entonces, lo escuchábamos como el Padre, cuya figura se erguía teniendo atrás la mole imponente del Templo San Juan Bosco, que él estaba construyendo. Ahora lo admirábamos no solo por sus obras materiales, sino sobre todo por esa imagen del Señor, amigo y hermano que nos dejó grabada en nuestro interior

Valparaíso, septiembre 2009



Testimonio del padre Alfonso Baeza D.

Ex vicario Episcopal de Pastoral Obrera
Aparecido originalmente en el libro:
"Caritas Christi Urget Nos".
90 años del cardenal Raúl Silva Henríquez.

DON RAÚL Y LA EVANGELIZACIÓN DE LOS TRABAJADORES

La gratitud y cariño que siento por don Raúl están muy unidos a su gran comprensión y apoyo en el desarrollo de mi ministerio sacerdotal, especialmente en el inicio. En efecto, en agosto de 1963 fui destinado al equipo coordinador de la Gran Misión General de Santiago y terminada esta en marzo de 1964, él me pidió que continuara en el equipo de la Postmisión. Este trabajo me aburría mucho, pues era muy de oficina y poco tenía que ver con mi anhelo de realizar mi sacerdocio entre los pobres. Por eso, a comienzos de 1965, fui a conversar con él y le dije: "Cardenal, si usted quiere que siga como sacerdote, por favor sáqueme de esta tarea".

Pareció impresionarse por mi actitud tan decidida y, después de algunos momentos, me contestó: "Te han pedido para el Seminario, para el Movimiento de Empleados, y para el MOAC, Movimiento Obrero de Acción Católica".

Inmediatamente le pedí que me nombrara asesor en el MOAC, movimiento que estaba comenzando. Así, gracias a su paternal comprensión, pude iniciarme en la evangelización de los trabajadores y cumplir con este anhelo hasta hoy.

No necesito repetir que siempre conté con su aprecio y apoyo, incluso en los momentos de desacuerdo, que también los hubo. Con el cardenal se podía discrepar y perma-

necer amigos, y esa era una de sus muchas y grandes virtudes como autoridad.

Su amor por los pobres, y en particular por los obreros, era muy grande y sincero. Tenía la gran preocupación de que ellos no se sintieran como extraños en la Iglesia o que la vieran como desinteresada en sus diversas situaciones y problemas. “La Iglesia no puede olvidar su cuna”, fue una expresión que le escuchamos decir con frecuencia para fundamentar en la familia de Nazareth el compromiso y la cercanía que la Iglesia debía tener con los trabajadores. Así, en marzo de 1977, publicó el decreto de creación de la Vicaría de Pastoral Obrera y me nombró su vicario episcopal. Es sabido el cariño que el cardenal tenía por esta Vicaría. En una ocasión dijo: “La Vicaría de Pastoral Obrera, creo, ha sido una de las cosas más importantes que he hecho y de la cual estoy más orgulloso. Ha hecho una gran labor... Hoy día los obreros encuentran en ella un lugar de apoyo, un lugar de diálogo. Un lugar donde son recibidos y ayudados; donde pueden cambiar ideas y formarse una idea más cabal de los asuntos que les interesan”.

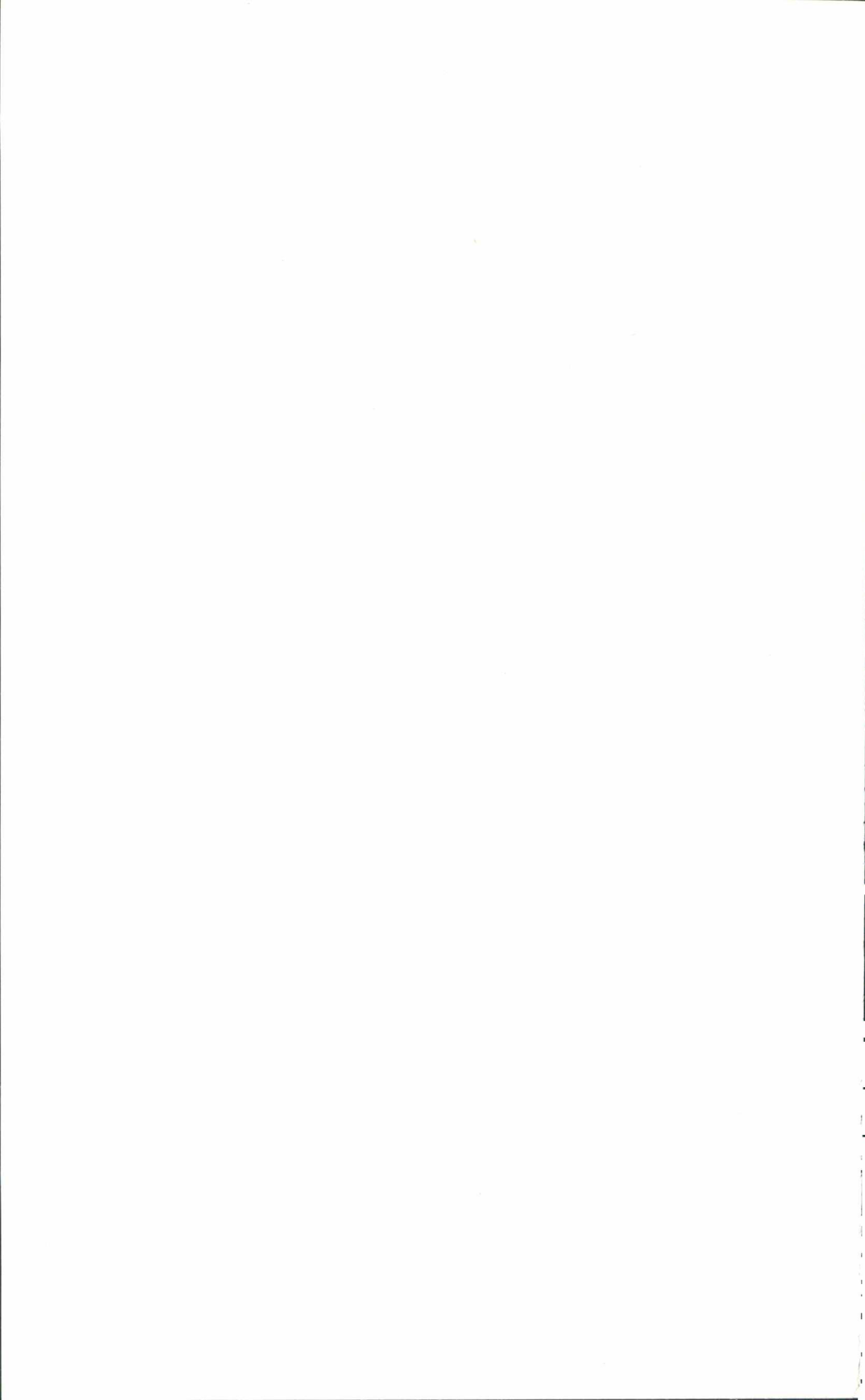
Siempre escuchó con atención los argumentos que le dábamos a partir de situaciones injustas que veíamos o que pudimos compartir con los trabajadores. A veces, no pocas, se emocionaba hasta las lágrimas. Y puedo asegurar cómo le dolía todo lo que sufrieron muchos dirigentes y trabajadores durante la dictadura.

En marzo de 1983, dos meses antes de ser reemplazado como arzobispo de Santiago, fuimos a invitarlo a presidir la celebración del Día Internacional de los Trabajadores que realizamos con masiva asistencia en el Colegio Sagrados Corazones en la Alameda. Fue la despedida de los obreros a un hombre extraordinario que el pueblo pobre sentía como su pastor y amigo. “¡Raúl, amigo, el pueblo está contigo!”, expresaron esa mañana como tantas otras veces.

“Yo le tengo un cariño especial a los trabajadores, a los obreros... -dijo el cardenal en una entrevista-. Les tengo un

cariño especial porque son muy nobles, porque tienen grandes virtudes, porque les he conocido tratándoles a ellos y siempre, siempre, me han conquistado por su delicadeza, por su gratitud... No pueden vivir en un estado de miseria. No pueden vivir en un estado de inseguridad total en que no puedan educar a sus hijos, que no tengan casas donde cobijarse... ¡No puede ser! No puede ser que en Chile exista una cantidad tan enorme de gente que no tiene lo mínimo para ser hombre. Eso me hiere, me duele. He querido hacer lo posible, que es muy poco, realmente, para solucionar este grave problema. Pero los chilenos de verdad, los que quieren evitar que existan violencias enormes en Chile, tienen que reconocer que hay que solucionar este problema y reconocer que solo entonces Chile será una nación grande... La paz es el fruto de la justicia, de la caridad y de la libertad”.

Pocos días antes de conocerse la noticia de su retiro le pedimos que enviara un mensaje a los trabajadores. Les dijo: “El mensaje principal que les dejo y que me parece abarca un gran ideal, es que confíen siempre en la Iglesia. La Iglesia debe ser la servidora del pueblo, y este debe confiar absolutamente en la Iglesia porque ella no tiene más interés que servirle. No tiene otro interés que proporcionarles los medios para que sean hombres completos y para que se liberen de todas la esclavitudes”.



Testimonio de monseñor
Cristián Contreras Villarroel
Obispo auxiliar de Santiago de Chile
Vicario general

CARDENAL - CATEDRAL

Evocaciones de un niño y de un joven seminarista

Tengo grabada en mi memoria visual y cordial la siguiente imagen: yo sobre los hombros de mi papá; él sosteniéndome y yo en una posición inmejorable para ver. Un amplio espacio lleno de gente, muchos vítores, aplausos; y una visión privilegiada que hasta hoy día es una simbiosis evocativa: **Cardenal-Catedral**. Supe, pasados los años, que ese día era la recepción de don Raúl como cardenal de la Iglesia. El espacio era la Plaza de Armas; el pórtico era la Catedral. Estuve allí, con apenas tres años de edad. Quizás sea la única imagen que puedo evocar de esa edad temprana (quizás también la de un partido de fútbol del Mundial del 62 en un televisor en blanco y negro). La acepto como memoria de un niño sobre los hombros de su papá. ¿Será por eso que las asociaciones de imágenes me acompañan hasta hoy? En efecto, cada vez que veo esos vitrales azules, verdes y rojos de las puertas de entrada de la Catedral de Santiago, no puedo dejar de evocar al Cardenal-Catedral. Así es: la imagen del cardenal nunca pude disociarla de la Catedral.

He tenido la gracia de ser amigo de muchos de sus amigos y colaboradores sacerdotes, especialmente de los padres Luis Antonio Díaz, Miguel Ortega y Cristián Precht. Tuve la alegría de conocerlo y acompañarlo como seminarista en su casa de Simón Bolívar, en Melocotón, en Punta de Tralca y en Los Pescadores, ya como obispo emérito y yo recién ordenado sacerdote.

Ingresé al Seminario Pontificio el 13 de marzo de 1977. Egresé en diciembre de 1983. En mayo de ese año, el cardenal había dejado el Arzobispado y asumía don Juan Francisco Fresno, quien me ordenó diácono y sacerdote en 1984. Durante mi formación en el querido Seminario Pontificio de Santiago, el señor cardenal o don Raúl, pocas veces dejó de faltar a sus visitas de los viernes, a las 17:00 horas. Las veces que no lo hizo fue porque estaba fuera del país o porque había retiro espiritual mensual (que eran de viernes en la tarde hasta el sábado a mediodía). Con todo, en este último caso, se las arreglaba para hacer una visita, pidiendo "permiso" a los formadores de la época para visitar su Seminario, una de las joyas de su solicitud pastoral. Estaba disponible para escuchar a quienes deseaban conversar personalmente con él.

Pero el señor cardenal no solo nos visitaba los viernes. También nos invitaba, o nos hacíamos invitar por él, a su acogedora mesa en calle Simón Bolívar. Lo pasábamos muy bien con él, y las anécdotas darían para muchas páginas.

Recuerdo la alegría de acompañarlo en la Catedral como guía de algunas celebraciones en los Te Deum, en una época de muchas incomprendiones para el pastor del "**Buen Dios**" y de la defensa de la dignidad del "**hombre, mis queridos hijos**".

Animé las liturgias de muchas Semanas Santas. Con mi compañero de curso, Ignacio Ducasse, actual obispo de Valdivia, éramos los suplentes de dos excelentes compañeros y amigos de cursos superiores: los actuales monseñores Héctor Gallardo (vicario de la Zona Oeste) y Pedro Narbona (párroco de San Ramón), quienes nos ayudaron y enseñaron a acompañar al pastor en la Liturgia. Ambos son hoy canónigos de la Catedral. Nos acompañaban también los hermanos y amigos seminaristas Juan Francisco Pinilla, actual vicario de la Educación, y Aldo Coda, actual vicario de la Zona del Maipo.

Recuerdo una “metida de pata” monumental. Encargado de la animación de una Semana Santa, le recordé a don Raúl el programa: *“Usted preside el jueves santo y lavado de pies; el viernes usted preside la Liturgia de la Pasión, pero predica don Fidel Araneda; en la Vigilia Pascual y el domingo, como de costumbre: Usted predica”*.

El viernes santo, llego a la Catedral y escucho una prédica emocionante en boca de monseñor Araneda. Era el sermón de las “Siete Palabras” de Cristo en la Cruz. Me dije: “¡si estas son las siete palabras, imagino cómo será su homilía en la Liturgia”.

Inicia la Liturgia de la Pasión, presidida por el cardenal, y después del Evangelio anuncio: *“escuchemos la homilía de monseñor Araneda”*. Don Fidel, sentado al lado del cardenal, me hace señas. Era un rotundo “no”. Movía sus manos horizontalmente. El “no” era claro. La asamblea de fieles esperaba. Me acerqué mudo a Pedro Narbona, maestro de ceremonias, y él me conduce por detrás de la cátedra al cardenal y le dije: *“don Raúl... me equivoqué. Usted tenía la prédica”*. El cardenal se alza de su cátedra e inicia así: *“Don Fidel ya ha predicado el sermón de las siete palabras. Ha sido elocuente. Y ahora quiero yo decirles...”*. Fue una homilía breve, hermosa y propia de un pastor capaz de salvar una situación difícil provocada por un seminarista, a causa de una errada lectura del programa. Al finalizar la liturgia, los ancianos canónigos fueron excesivamente indulgentes conmigo. Recuerdo que el querido don Javier Bascuñán me dijo: *“esa es metida de pata... pero saliste bien”*. Jamás el cardenal me dijo algo al respecto. Para qué decir las especulaciones de los periodistas que en esos días cubrían las noticias de la Iglesia. Fue mi primera prueba de fuego con la prensa: *“me equivoqué yo, al señalarle al cardenal que la homilía la tendría don Fidel”*.

Y puesto que rememoro mis servicios litúrgicos al cardenal, no olvidaré jamás los gratos almuerzos de Pascua de Resurrección, que el señor cardenal nos ofrecía a los semi-

naristas que lo acompañábamos durante Semana Santa. Todo era para nosotros: un delicioso almuerzo, chocolates, dulces, y un corderito de mazapán que recibía de regalos de Pascua.

Por otra parte, don Raúl en sus visitas de los viernes al Seminario, abría su corazón y expresaba sus alegrías y penas, que no eran pocas. Así lo retrata don Bernardino Piñera en su hermoso libro **“33 Años de Episcopado Chileno (1958-1990)”**: *“Su carisma era la fortaleza. Siempre lo vi como un boxeador de peso pesado, capaz de pegar fuerte, cuando era necesario, malo para esquivar los golpes y con una capacidad infinita de ‘absorber castigo’ como dicen los comentaristas del boxeo. Era afectuoso con sus colaboradores. Esto lo admiraban, lo seguían y lo querían mucho”*.

Así es. Recibió muchos golpes de izquierda y de derecha. No los esquivaba. Pero necesitaba que lo escucháramos. Y nosotros necesitábamos escuchar al padre fuerte, incluso en sus dolores. Entre sus hijos, su corazón era como el de Natanael del Evangelio: varón sin doblez. Se podía coincidir o no con él en sus apreciaciones; pero ante todo era el padre que compartía de corazón con los hijos. Y eso lo agradecíamos. Recuerdo a dos seminaristas que siempre, una vez acabado el diálogo –porque había mucho diálogo, y fuerte–, se le acercaban y le besaban su anillo episcopal, algo poco frecuente. El cardenal salía entre los aplausos de los seminaristas.

Recuerdo algunos encuentros en Punta de Tralca, junto a otros dos o tres seminaristas. El señor cardenal era de Misa temprana y de rezo de la Liturgia de las Horas entera a lo largo de la jornada. Le pedíamos que no celebrara tan temprano la Misa porque queríamos descansar y dormir. Él volvía desde la capilla de las religiosas a las 7:30 horas. Nos despertaba llamando a las puertas de nuestras habitaciones para acompañarlo en la Misa de 8 horas.

Con Pedro Ossandón, actual obispo auxiliar de Concepción, lo acompañé en El Melocotón y muchas veces en

Los Pescadores. Con Nicolás Vial, compañero de curso, lo acompañamos en Punta de Tralca. Recuerdo un sábado en que fuimos a comprar pescado al puerto de San Antonio. El cardenal era un personaje. Su “casera” sabía que buscaba un buen congrio colorado o una buena corvina. No eran los tiempos de la reineta. Recuerdo que el cardenal tocaba los pescados en sus aletas diciendo: “salude al cardenal”. Si el pescado movía las aletas, nos decía: “es pescado fresco”. Y movían las aletas. Después eran cocinados con la maestría y cariño de la madre Socorro y Teresita.

Una de esas tardes, caminando en Punta de Tralca, con un cardenal silente, ataviado con bastón, sombrero y poncho, previo a una puesta de sol y queriendo sacarle palabra, Nicolás Vial (éramos seminaristas) le indica al cardenal la barba que se había dejado crecer en vacaciones de verano: “*Señor cardenal, ¿le molesta la barba?*”. El cardenal lo queda mirando, se pasa la mano sobre su propia cara y le responde: “*A mí no me molesta*”. Risas, y agrega: “*hijo, es tu barba*”. Después de más de 25 años desde aquella tarde, Nicolás Vial no solo es conocido por su obra en las cárceles y en la Fundación Paternitas, sino también por su barba.

El viernes 6 de mayo de 1983, el señor cardenal llegó al Seminario a eso de las 4 de la tarde. Entró en una humilde “renoleta” de color gris. Lo había ido a buscar a su casa el padre Pedro Narbona, entonces formador del Seminario. No era un eximio conductor. Pero era su maestro de ceremonias en la Catedral y el cardenal se dejaba “conducir” por Pedro. El 6 de mayo fue su último día como arzobispo de Santiago. Ese día había sido publicada la aceptación de su renuncia y el anuncio de don Juan Francisco Fresno, Arzobispo de La Serena, como su sucesor en Santiago.

Pasan los años. En mi décimo año de vida en Roma, abril de 1999, pude seguir las exequias del cardenal junto al sacerdote jesuita Fernando Salas, gracias a la invitación del embajador ante la Santa Sede, Javier Luis Egaña. Él estaba en Santiago y nos recibió Pilar Vial, su querida esposa, para

seguir la transmisión de TVN Internacional. Fueron horas de emoción y de recuerdos agradecidos.

Entre las muchas personas que acompañaron al cardenal en sus últimos tiempos en la casa de los salesianos en Macul, debo expresar mi reconocimiento al padre Antonio Larrain, sacerdote salesiano, a quien nunca dejaremos de agradecer su solicitud por el cardenal en sus últimos años. Antonio es un sacerdote íntegro y quienes lo conocemos sabemos quién es.

Comparto estos pocos recuerdos de niño y de joven seminarista. Desde allí rememoro al cardenal Raúl. Evoco sus entradas y salidas en medio de las celebraciones litúrgicas de la Catedral: "*Raúl, amigo, el pueblo está contigo*". El báculo sostenido con fuerza, la mirada fija hacia adelante, la mano que bendice mientras avanza por medio de la Catedral. La gente besaba sus ornamentos sacerdotales. En cada gesto, en cada palabra, en cada evocación menor como la mía, pude contemplar su gran amor por Cristo, la Virgen María Auxiliadora, la Iglesia y los pobres. No podía ser de otro modo. Es discípulo del gran santo Don Bosco. Su lema episcopal lo retrata enteramente: "***La Caridad de Cristo nos urge***".

Santiago de Chile, 29 de noviembre de 2009

(En la conmemoración de
50° aniversario episcopal del cardenal Raúl)

Testimonio del cardenal

Francisco Javier Errázuriz Ossa

Aparecido originalmente en el libro:

“Caritas Christi Urget Nos”.

90 años del cardenal Raúl Silva Henríquez

Siendo en esa época obispo de Valparaíso

ABRIÉNDOLE ESPACIO A UN CARISMA EN LA IGLESIA

“Comencé a conocer mejor el Movimiento de Schoenstatt, a admirarlo y a quererlo. Sin embargo había cosas que me parecían difíciles de comprender: el fundador estaba relegado en Milwaukee desde hacía diez años (...) Pregunté las razones de esta medida tan dura. Nadie me supo decir claramente por qué (...) En mis viajes a Roma pregunté al Santo Oficio qué había sobre el P. José Kentenich y, a pesar de mi rango de cardenal, un padre dominico me dijo cortésmente que no preguntara porque era inútil. Realmente para mi mentalidad de abogado, conocedor del derecho procesal y del derecho que tienen las personas a su defensa, los procedimientos usados con el padre Kentenich me desconcertaban totalmente. Parecía que estábamos en la Edad Media”.
(Cardenal Raúl Silva Henríquez)

¿Qué habrán pensado los otros cardenales que asistían a la celebración del centenario del nacimiento del fundador del Movimiento de Schoenstatt, cuando percibieron la pasión con la cual el famoso cardenal chileno, que luchaba por los derechos humanos en su patria, también había luchado en la Iglesia por el derecho a la legítima defensa de un sacerdote que él estimaba como un hombre de Dios? Esa misma tarde –septiembre de 1985– quiso conversar conmigo el cardenal Sebastián Baggio. Impresionado por las palabras de don Raúl, especialmente por el párrafo que hemos recordado, me confidenció: “Ese tiempo anterior al Concilio

Vaticano II fueron años difíciles para la Iglesia; algunas congregaciones religiosas creyeron hacerle un favor a la Santa Sede, poniendo a su disposición sacerdotes que no solo eran grandes estudiosos, sino también hombres escrupulosos, de criterio estrecho". Por esos caminos, no fueron pocos los grandes teólogos y los iniciadores de nuevas obras en la Iglesia, llamados a adelantar la renovación que impulsaría el Concilio, que sufrieron durante los años previos. Se puso en duda su ortodoxia o su espíritu eclesial, fueron marginados, y tuvieron que demostrar su amor a la Iglesia desde el silencio de la cruz.

Pero no sería justo escribir sobre la cercanía con la cual nuestro cardenal acompañó, aconsejó y apoyó al padre José Kentenich y a su fundación, si la viéramos solamente desde la perspectiva del abogado. La defensa de los derechos humanos, como expresión de su pasión por la dignidad de cada hijo de Dios, fue una de sus razones. Pero a ella había que agregar otras de no menor importancia. A menudo recordaba la historia del propio fundador de su congregación, San Juan Bosco, y se entusiasmaba al pensar que Dios esperaba que él le abriera espacio en la Iglesia a otro fundador. Con ese ánimo y con espíritu visionario, soñando con el bien que la nueva comunidad haría en la Iglesia, nos alentaba a ser generosos, a ser hombres de oración y a tener una vida espiritual profunda, arraigada hondamente en Nuestro Señor, como también a comprometernos con el amor a la Santísima Virgen del fundador y de nuestro pueblo.

Y siempre se hace presente un tercer factor, tan humano como cristiano su corazón bondadoso de padre que reaccionaba con valentía ante la injusticia y con ternura ante los pobres y los afligidos, y que no quiso abandonar a su suerte a un puñado de sacerdotes chilenos. Habría sido algo del todo contrario a su manera de ser y a su compromiso con la gente joven. Éramos alrededor de veinticinco sacerdotes, recientemente ordenados, y unos quince seminaristas cuando, en 1966, nos aceptó transitoriamente como parte

del clero de la arquidiócesis de Santiago y erigió la Fraternidad Padres de Schoenstatt para darnos un alero en la Iglesia. Las circunstancias nos habían obligado a dejar la comunidad en la cual nos habíamos formado, la Sociedad de los Padres Palotinos, y la casa nueva aún no estaba construida del Instituto secular al cual pertenecemos.

ASÍ NOS ACOGIÓ COMO PADRE Y PASTOR

Para valorar adecuadamente lo que hizo el cardenal por la Familia de Schoenstatt y por nuestra comunidad sacerdotal en Chile, hay que recordar algunas intervenciones tuyas, propias de alguien que pone en juego aun su propio nombre por la causa del Evangelio. Las recordaremos en orden cronológico.

Cuando el fundador estuvo separado de la obra, se produjo en Chile una división muy conflictiva en el Movimiento debido a interpretaciones diferentes del carisma. No había ninguna instancia que tuviese la autoridad necesaria como para zanjar el desacuerdo. La división resultaba particularmente dolorosa y escandalosa en un Movimiento que valora la alianza de amor de Dios con los hombres y de estos entre sí como la raíz de su espiritualidad. Con mucha razón los obispos prohibieron la aceptación de nuevos miembros. Poco tiempo después, en 1961, fue el obispo de Valparaíso, monseñor Raúl Silva Henríquez, el primero en recibir a los jóvenes que venían a pedirle “enardecidos” que levantara la medida. Dice de sí mismo don Raúl. “El obispo, que siempre ha tratado con jóvenes y que siente una gran debilidad por ellos, le dice al atónito secretario que los haga pasar”. Para formarse un juicio sobre la situación, nombró a un sacerdote de su confianza, don Wenceslao Barra, para que participara “en las reuniones de estos jóvenes que parecen locos buenos. Los informes fueron muy buenos, el obispo (don Raúl sigue refiriéndose a sí mismo en tercera persona) entendió que era esta una organización que nacía en la Iglesia entre dolores de parto, y también se convenció de su

bondad. Habló con sus hermanos obispos y les manifestó que en su diócesis él creía que no había motivo para aplicar la prohibición dada". Este fue su primer contacto con el Movimiento de Schoenstatt, del cual sabía muy poco hasta ese entonces. Con amplitud de espíritu comprendió los problemas como dolores de parto, y se propuso ayudar para que la criatura contemplara plenamente la luz del día. Sus próximas intervenciones tuvieron lugar en Europa. Por esos años los obispos de todo el mundo se encontraban con frecuencia en Roma. Se sucedían en la Ciudad Santa las sesiones del Concilio. El encuentro ecuménico profundizaba en ellos la conciencia de ser corresponsables con el sucesor de Pedro por los destinos de la Iglesia universal. En una de las primeras reuniones, el cardenal de Colonia levantó su voz contra la manera de hacer uso de la autoridad del Santo Oficio. Para la reforma de la "Suprema Congregación" fue tan importante la queja del cardenal Frings como la decisión del moderador de la sesión de impedir que el cardenal Alfredo Ottaviani, que dirigía el Santo Oficio en nombre del Santo Padre, creyera que podía hacer uso de la palabra más allá del tiempo ofrecido a todos los padres conciliares por el reglamento. En las discusiones y votaciones de un Concilio Ecuménico, salvo el Santo Padre, todos los participantes tienen iguales derechos y deberes. En ese clima de libertad evangélica y de corresponsabilidad apostólica, el cardenal arzobispo de Santiago fue uno de los padres conciliares que logró articular y unir los pareceres de obispos latinoamericanos con obispos europeos y africanos. Sus conversaciones abarcaron no solo los temas del concilio, sino también otros asuntos en vista del bien de la iglesia. Entre ellos, también la liberación del Movimiento de Schoenstatt de cuanto le impedía desarrollar su misión en el mundo. Quería salvar un carisma que contaba con todo su aprecio, para que fuera muy fecundo en la Iglesia. Así logró unir a la suya las voluntades de dos padres conciliares alemanes, el cardenal Joseph Frings de Colonia y el cardenal Julius Döpfner de Munich, y la del legendario arzobispo de Bukoba (Tanzania),

el cardenal Rugambwa, para pedirle directamente al Santo Padre que devolviera la causa del Movimiento de Schoenstatt a los cauces ordinarios de la Congregación para los Religiosos, de los cuales había sido apartada con la intervención del Santo Oficio. Así sucedió en 1963, a pesar de la resistencia del cardenal Ottaviani.

A veces ocurre en la Iglesia que un nuevo carisma surge, por así decirlo, en el seno de una familia religiosa. Siendo un nuevo don del Espíritu Santo, no nace como un hijo de la comunidad a la cual pertenecen los llamados a fundar, sino como un carisma nuevo. Expresión de la creatividad de Dios y de su amor gratuito al mundo. Así ocurrió con el carisma de Schoenstatt. La nueva familia espiritual dio sus primeros pasos con el apoyo de la comunidad de la cual era miembro el padre José Kentenich, la Sociedad fundada por San Vicente Pallotti. En tales casos, el desarrollo espiritual y organizativo, la originalidad del nuevo carisma y su expansión universal, exigen que la nueva fundación adquiriera, en su momento, plena autonomía. A veces es un proceso doloroso que se complica cuando la congregación que acompañó la infancia y la adolescencia de la nueva criatura no logra entender su originalidad y cree que puede mantener sobre ella una tuición o una autoridad que no le corresponde. Normalmente la mayor o menor sabiduría de las direcciones generales son un factor decisivo para evitar conflictos innecesarios o para provocar situaciones traumáticas. También en el proceso que concedió plena autonomía a la obra de Schoenstatt, le cupo al cardenal Silva Henríquez un rol decisivo. Con sus consejos y su juicio favorable, apoyó la declaración de autonomía de la fundación, la que fue decretada en octubre en 1964. Pocos meses después, abogó a favor del fundador, para que concluyera su "éxito". Haciendo memoria de ese tiempo, relata: "Tuve muchas oportunidades de hablar sobre el padre, tanto con sus hijos como con sus opositores. Cada vez fui adquiriendo la convicción de que el padre Kentenich era un hombre de gran virtud y de innegable talento, con una visión de la Iglesia,

de su futuro, de la acción del laicado, que me parecía profética. Su gran devoción a nuestra Madre, la Virgen Santísima, acabó por conquistarme plenamente y me sentí llamado, por el Señor, a ayudar a este hombre de Dios y a su hermosa obra”.

El mismo día en que el P. Kentenich llegó a Roma después de haber tenido que vivir lejos de su obra por espacio de 14 años, para tratar de su situación con el Santo Oficio, recibió un llamado telefónico de nuestro cardenal. Era la primera vez que hablaba con él. A Milwaukee no había querido ir nunca, para que nadie dudara de su objetividad. Esa tarde don Raúl había tenido audiencia con el papa Paulo VI. Junto con saludar al fundador, quería ofrecerle sus buenos servicios para hacer llegar una carta suya al Santo Padre. Los acontecimientos siguientes los narró el cardenal con las siguientes palabras. “Se le sugirió que pidiera su retiro de la Congregación Palotina. El padre me dijo que este era el paso más doloroso de su vida: él amaba a su congregación. Lo animé a que hiciera lo que se le sugería de parte de la Santa Sede, era indispensable para que recuperara su libertad y pudiera dedicarse por entero a la obra que Dios le había inspirado. Redactamos juntos la carta que pedía al Santo Padre lo liberara de sus promesas, haciendo presente la pena que esto le causaba, pero que creía ver la voluntad de Dios en ello. La Santa Sede accedió inmediatamente a su petición”. En su defensa del padre Kentenich ante el Santo Padre, el cardenal se expresaba con gran libertad y franqueza. En una ocasión el papa Paulo VI le preguntó si no estimaba que había algo de culto a la persona del fundador, La respuesta de don Raúl no se hizo esperar. Contestó, “Santidad, no conozco santos verdaderos que no hayan sido venerados por su hijos espirituales ya en vida”.

Cuando el padre José Kentenich celebró con los representantes de todas las comunidades que había fundado, en octubre de 1967, un nuevo aniversario de Schoenstatt, fue

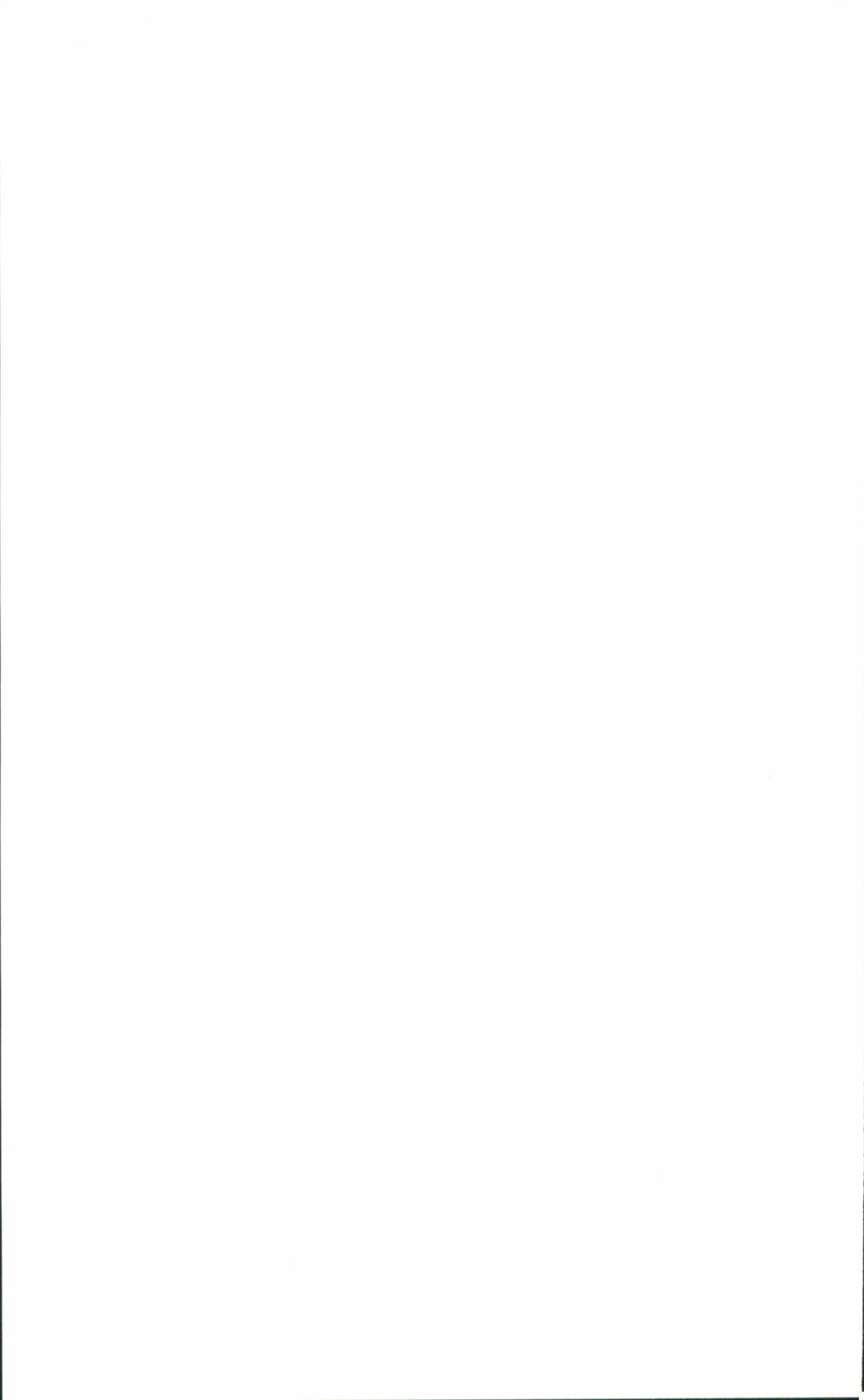
el cardenal quien, como postrer signo de su apoyo y benevolencia, presidió la Eucaristía en la Iglesia de peregrinos, junto al primer santuario. Si mal no recuerdo, fue el primer cardenal que peregrinó a la tierra originaria de Schoenstatt.

Son muchos los signos de confianza y de aliento que don Raúl nos brindó en Chile. No quisiera terminar estas líneas sin recordar dos gestos suyos de gran significado. El primero tuvo lugar en septiembre de 1965. El capítulo general de los padres palotinos ya había decidido que la espiritualidad y la pedagogía de Schoenstatt dejarían de ser parte del patrimonio de las provincias y regiones palotinas que las habían asumido. La Santa Sede ya había dado luz verde para la fundación del Instituto secular al cual ingresaríamos una vez que fuesen aprobadas sus constituciones. La dirección general de los padres palotinos envió a Chile al superior de la provincia madre de Limburgo como visitador. Como abandonaban la Sociedad palotina prácticamente todas las vocaciones chilenas, llegó con la decisión de trasladar a otros países a los padres alemanes que no ingresarán al nuevo Instituto. Dejarían de existir los padres palotinos en Chile. La medida era muy dolorosa para todos. El visitador estaba sumamente molesto. Sus enojos los vaciaba sobre el padre Carlos Sehr, que había sido el superior que nos había acogido y acompañado durante largos años. Entre otras cosas, ambos discutían sobre el destino de las casas y de los pocos bienes. El padre Carlos Sehr, sumamente afligido por la presión y las acusaciones del visitador, fue a casa del cardenal a pedirle un consejo. Volvió aliviado, radiante. "El cardenal piensa que las casas son bienes que necesita la Iglesia chilena y que deben conservar su finalidad apostólica. Y me trató como un padre. Me pidió que lo mantuviera informado y que regresara si lo necesitaba. Considerando injusto el trato que se me da, ha querido darme su respaldo. Dictó un documento que nunca habría tenido la osadía de pedirle. Me nombró su representante personal en las conversaciones con el visitador".

Otro notable gesto suyo fue el siguiente. Entre comienzos de 1966 y mediados de 1973, la Santa Sede no permitió que nuestro Instituto pudiera incardinar a sus miembros. Se pensaba que los miembros de los institutos seculares de presbíteros debían ser sacerdotes diocesanos. En Chile éramos sacerdotes diocesanos de Santiago. Recién en 1973 nos concedió la Santa Sede la facultad de adscribir los miembros de la comunidad al Instituto. Mientras en Suiza un gran número de padres fueron distribuidos por los obispos respectivos en trabajos parroquiales, don Raúl optó por un camino diferente, abierto por su fe en la Providencia divina y por su generosidad. Puso todos los sacerdotes a disposición de los superiores del nuevo Instituto, para que estos les confiaran los trabajos más acordes con el carisma de la nueva fundación. Es más, cuando necesitaba un sacerdote para las actividades de la arquidiócesis, él le preguntaba al superior si podría liberar a alguien de otros trabajos, para ponerlo a su disposición. Desde un punto de vista jurídico, se trataba de uno de sus sacerdotes diocesanos, del cual podía disponer libremente conforme a las normas del derecho. Pero nunca hizo valer este argumento. El quería respetar la gestación de un nuevo instituto en la Iglesia, y como signo de apoyo y de confianza le concedía, desde el inicio, la misma autonomía que tendría más adelante. Para otorgarla, no firmó ningún acuerdo escrito. Todo era una muestra de su confianza y de su fe en los planes sabios de Dios. Más tarde fue el primero en apoyar nuestra petición a la Santa Sede, con la cual solicitamos el reconocimiento de nuestra estructura definitiva, conforme al carisma fundacional.

Muchos años más tarde, cuando el cardenal ya era arzobispo emérito de Santiago y yo residía en Schoenstatt, un buen día recibí un urgente llamado telefónico. Don Raúl estaba en Bonn y necesitaba conversar conmigo esa misma tarde. Llegué a la casa religiosa donde alojaba. Me saludó con mucha cordialidad y me invitó a cenar a un restaurante italiano vecino. La impostergable urgencia tenía dos vertien-

tes: deseaba huir con gente amiga de los panes y los embutidos, como él decía, con los cuales los religiosos alemanes solían cenar... y quería recordar tantas cosas asombrosas que Dios había hecho en los años de su gobierno pastoral.



Testimonio de monseñor Ricardo Ezzati A., sdb

Aparecido originalmente en el libro:

“Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Presencia en la Vida de Chile (1907-1999)”

Mario I. Aguilar

Ediciones Copygraph 2004

Siendo es esa época obispo auxiliar de Santiago.

**EL CARDENAL
RAÚL SILVA HENRÍQUEZ, SDB:
“espléndida armonía
entre naturaleza y gracia”**

Un artículo muy logrado de la “Regla de vida” de los salesianos, describe al fundador, San Juan Bosco, con estas palabras:

“El Señor nos ha dado a Don Bosco como padre y maestro”.

Lo estudiamos e imitamos admirando en él una espléndida armonía entre naturaleza y gracia. Profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, vivía como si viera al Invisible.

Ambos aspectos se fusionaron en un proyecto de vida fuertemente unitario: el servicio a los jóvenes. Lo realizó con firmeza y constancia, entre obstáculos y fatigas, con la sensibilidad de un corazón generoso. No dio un paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud. Lo único que realmente le interesó fueron las almas”.

Un rápido recorrido por la vida y la obra del cardenal Silva, demuestra que la herencia genética es una realidad sorprendente, también en el orden de lo espiritual y caris-

mático. Las palabras con que el texto constitucional define al fundador de los Salesianos, se pueden aplicar, a la letra, también a uno de sus hijos más preclaros y pueden constituir la clave para comprender su dinamismo apostólico y su profunda espiritualidad.

Conservo muy frescas, en la memoria, mis primeras impresiones acerca de P. Raúl Silva Henríquez, salesiano.

En los primeros días del mes de noviembre de 1959, recién llegado yo a Buenos Aires, el anciano P. Gaudencio Manacchino, quien, por doce años, había sido provincial salesiano en Chile, me transmitió su alegría y su admiración por quien, pocos días antes, el 24 de octubre, había sido nombrado obispo de Valparaíso. Para mi fantasía y experiencia de joven adolescente, un obispo era un personaje casi inalcanzable, alguien que veíamos pocas veces y con quien era casi imposible entretenerse. Sin embargo, todo cambió cuando unos días más tarde, el electo obispo, con una sencillez impresionante, me acompañó, junto a un compañero, en los trámites burocráticos que se requerían para establecerse en Chile. Manejando un *station wagon*, característico de Caritas de la época, con una naturalidad y bondad increíbles, estuvo a nuestra disposición, hasta finalizar la tarea y quedar con el carné de identidad en las manos. Nos hablaba con cariño, en italiano y, al mismo tiempo, nos introducía en la nueva lengua que debíamos aprender.

El 29 de noviembre de ese año, desde el coro de la Catedral de Valparaíso, asistí a su ordenación episcopal, uniéndome al coro de los salesianos, estudiantes de teología y de filosofía, de La Cisterna y de Quilpué. Entre otros cantos propios de la liturgia, se ejecutó la pieza maestra del gran compositor salesiano Giovanni Pagella, el motete: "Jubilate Deo", una verdadera expresión de júbilo y alabanza.

Desde ese día, Quilpué se volvió la "Betania" del nuevo obispo y don Raúl la alegría de quienes éramos novicios o estudiantes de filosofía en el seminario.

Al año y medio, el gozo de la comunidad salesiana y la esperanza de muchos, volvían a renovarse: de Valparaíso, este hijo de Don Bosco, era llamado a la Cátedra Episcopal de Santiago y, medio año después, por voluntad del papa Juan XXIII, al Colegio de los Cardenales. Sin duda alguna, en esa ocasión debe haber recordado las palabras proféticas de mamá Marguerita a su hijo Juan Bosco, sacerdote: “Recuérdate, Juan, que comenzar a decir Misa significa comenzar a sufrir”. Años más tarde de su nombramiento como arzobispo de Santiago, don Raúl confesará: “En ese momento cayó sobre mis hombros la cruz más pesada que he recibido”.

Es verdad, al cardenal Raúl no le faltaron los “obstáculos y fatigas” propias de una época histórica turbulenta, pero al pastor no le faltó tampoco la “firmeza y constancia” necesarias para enfrentar las situaciones desafiantes de su tiempo. Todo lo llevó adelante “con la sensibilidad de un corazón generoso”, que muchas veces se conmovía hasta las lágrimas.

En el vasto campo del ministerio episcopal, don Raúl, desplegó las cualidades humanas y los dones de la gracia divina que, como salesiano había desarrollado en la docencia de la moral y el derecho con los futuros sacerdotes salesianos, en la dirección de prestigiosos colegios de la congregación, en la responsabilidad de Caritas Chile y en la animación de múltiples iniciativas culturales, sociales y religiosas.

“Profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades humanas...”. Emprendedor y con espíritu de iniciativa, don Raúl fue un hombre abierto a los signos de los tiempos y convencido de que el Señor se manifiesta por medio de situaciones urgentes del momento y de los lugares. De la espiritualidad que brota de la “armonía entre naturaleza y gracia”, aprendió a unir estrechamente –en la praxis cotidiana y en su predicación–, el mandamiento de Jesús: “el primero es, amarás a tu Dios..., y a tu prójimo como a ti mismo...” (cfr. Mc12, 28-31);

a no separar promoción humana de la tarea de evangelizar y a procurar el crecimiento integral de toda la persona y de todas las personas, hasta conducir las al descubrimiento y al gozo de ser y sentirse hijos de Dios, destinados a una vida digna en este mundo y a participar de su gloria en el cielo.

“Profundamente hombre de Dios”, fue sacerdote y pastor, siempre y en todas partes. Un pastor apasionado por su rebaño; el rebaño que él amó y defendió con la entereza y fortaleza propias de los mártires. Fue sacerdote y pastor cuando impartía con los pequeños y los pobres de las poblaciones periféricas de Santiago y también cuando se encontraba con los poderosos y quienes regían la suerte de la nación; sacerdote y pastor cuando confesaba a los niños de la Aldea de Punta de Tralca que llevaría su nombre, como cuando, en la Basílica de San Pedro de Roma, participaba a las solemnes sesiones del Concilio Ecuménico Vaticano II; buen pastor, aclamado por sus fieles como, “Raúl, amigo, el pueblo está contigo”. Quienes fuimos testigos de su misa de despedida, en la Catedral de Santiago o lo hemos acompañado, difunto, al lugar donde espera la resurrección de los justos, recordamos, con emoción, el cariño de su pueblo.

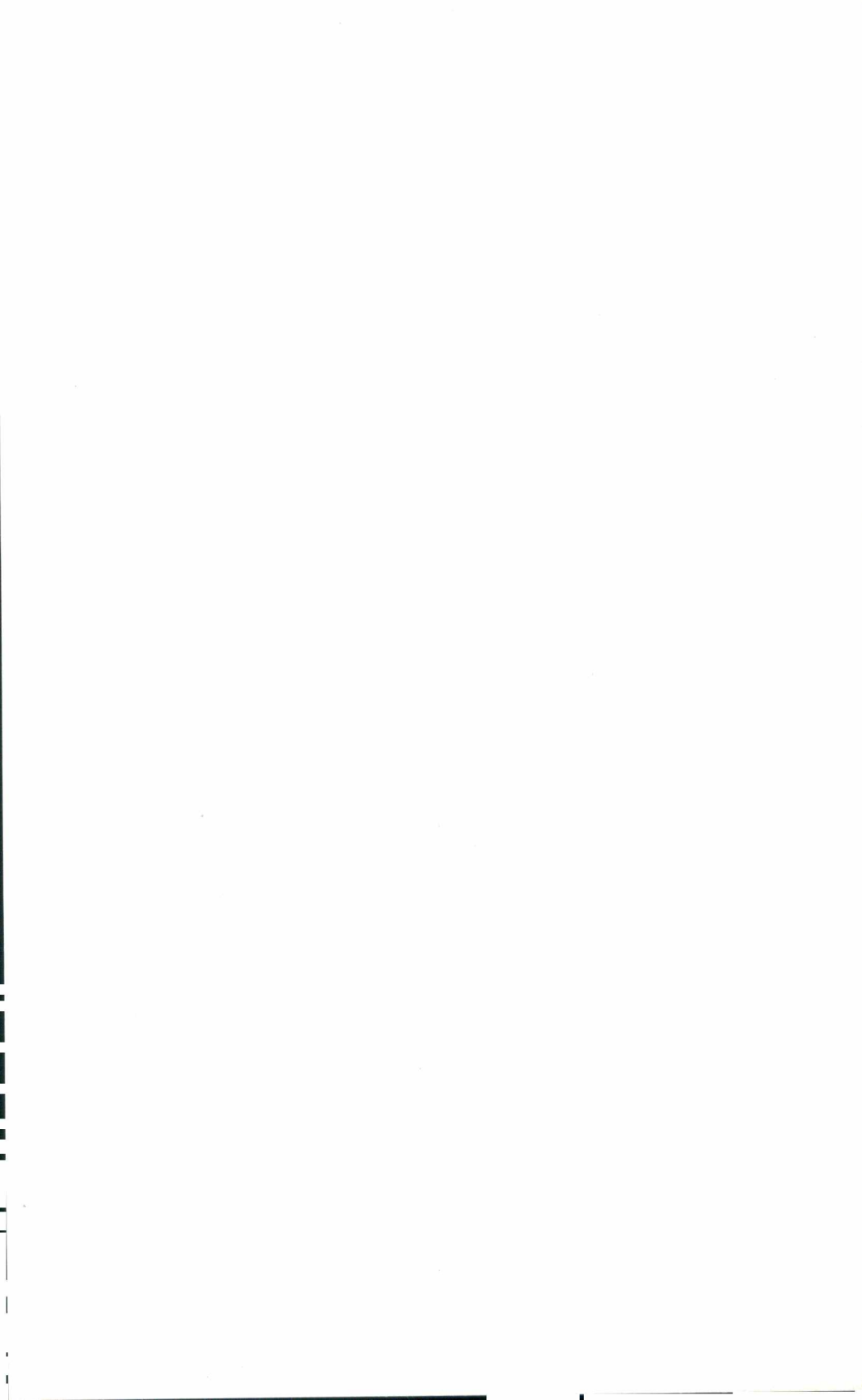
Finalmente, hay que recordar que “el proyecto unitario” de servir a Dios y al prójimo, que animó la vida cristiana y pastoral de don Raúl, tiene su síntesis en “la caridad pastoral” de Cristo: *“Me mueve el amor de Cristo”*, fue su lema episcopal. Es aquí donde reside la fuerza de su inspiración y la audacia de su acción.

No han faltado quienes, equivocadamente, han querido buscar otras motivaciones. Por eso, vuelvo a repetir aquí, lo que he afirmado, en muchas otras ocasiones: no se puede comprender la vasta e incisiva acción del cardenal Silva, si no se llega a descubrir la motivación más profunda que lo impulsó y lo guió en su larga experiencia pastoral. Y esta fue su fe en Jesucristo y el deseo que el reinado de Cristo alcanzara a todos los hombres y mujeres de Chile. Don Raúl

ha sido un creyente en Jesucristo, un apóstol que, con coherencia, ha buscado traducir la fe del Evangelio en la vida humana. Por cierto, un creyente sensible a ciertos rasgos de la figura del Señor: su gratitud al Padre por el don de la vida y de la vocación divina a todos; su predilección por los pobres y los jóvenes; su solicitud en predicar, sanar y salvar; su actitud de buen pastor, que conquista con la mansedumbre y la entrega de sí mismo. Lo movió el amor de Cristo, que se entregó para que muchos tuvieran la vida abundante de los hijos de Dios.

Los relatos de este libro contribuyen a mantener viva la memoria de este gran obispo que pasó por nuestra geografía como una bendición del Señor. Quiera Dios que su figura no sea solamente un hito para comprender parte de la historia del siglo XX, con los mismos valores evangélicos y con las mismas actitudes cristianas que han inspirado y comprometido al querido cardenal Raúl.

Santiago, mayo de 2004



Testimonio del padre Gustavo Ferraris, sdb

Aparecido originalmente en el libro: "Raúl, Amigo..."

Ediciones Copygraph 1997

MI PADRE CARDENAL

El último tiempo en la vida de don Raúl, en la casa de calle Los Pescadores, está impregnado de la presencia del padre Gustavo, quien lo acompañaba en el descanso y en la misa, como una muestra de sólida amistad.

Conocí al cardenal Raúl Silva en Turín, el año 1936, cuando aún no era sacerdote. Lo encontré en un momento doloroso de su vida: le había sido comunicado que no podía ser admitido al sacerdocio por tener un defecto en la rodilla que le impedía arrodillarse como lo exigía la celebración de los actos litúrgicos. En ese momento él no sabía que por intervención de un superior amigo suyo se había resuelto la dificultad; lo encontré afectado pero no desesperado. Confiaba en los proyectos de Dios, siempre misteriosos y desconcertantes pero providentes.

Años más tarde, ya sacerdote, fue mi profesor de Moral. Allí aprendí su criterio práctico de pastor, que busca siempre la solución de los problemas desde la óptica de la benevolencia de un Dios misericordioso que ama a sus criaturas y que dispone sus leyes para ayudar a salvar y no para reprimir y castigar. Él supo destacar la paternidad de Dios, a lo largo de toda su vida.

Recuerdo un sermón suyo en el cual acentuó la importancia de la figura femenina de María en la vida afectiva del sacerdote. En ese tiempo me sorprendió, ahora comprendo toda su profundidad.

Su vida se puede resumir en su gran amor a la Iglesia y a los pobres, miembros privilegiados de esa Iglesia. Recuerdo que recién designado cardenal, le pedimos que de-

fendiera en Roma la nueva orientación del Seminario Pontificio Menor, que de un internado reservado a las vocaciones sacerdotales, se había abierto a toda la gama de vocaciones cristianas. Desde Roma había llegado una desaprobación del cambio. Estábamos en la época preconiliar. Acudimos los interesados en sostener la nueva orientación, que había propiciado el Movimiento Familiar Cristiano cuyos padres habían retirado a sus hijos de los diferentes colegios para incorporarlos al nuevo seminario. El cardenal nos escuchó, vaciló un momento y nos confesó. "Fui nombrado cardenal para comprometerme a dar mi vida por la Iglesia, si fuera necesario derramar mi sangre, simbolizada en el color de la púrpura. No me pidan que empiece mi cardenalato oponiéndome a una decisión de la Iglesia"; le replicamos: "pero le pedimos que Roma revise su intervención aportándole usted mejor información. Estamos seguros que existe una insuficiente información y su intervención en las altas esferas puede lograr un mejor resultado". Así fue, y cuando regresó de Roma, después de recibir el capelo, nos manifestó toda su alegría por haber logrado aclarar el problema.

Su gran preocupación como pastor eran los pobres. Por su cultura y por su condición social, como abogado y como arzobispo de Santiago, sentía una deuda inmensa hacia los más necesitados.

Sus fundaciones, Invica, Fintesa, Banco del Desarrollo, Inproa, Indisa, Academia de Humanismo Cristiano, Universidad Blas Cañas, que ahora lleva su nombre, son instituciones que él fundó o ayudó a constituirse o a subsistir, revelan esta preocupación fundamental de su vida: aliviar la carga social a los más pobres porque son los privilegiados de Dios. Lo movía la fe y no el éxito social, como muchos se atrevieron a mal interpretar. Él gozaba cuando recibía las noticias de cuántas casas se habían entregado y cuántas familias podían gozar de una existencia más digna.

Se emocionaba cuando los vicarios relatábamos algunos dramas que descubríamos en las poblaciones margina-

les. Lo vi llorar cuando supo que una pareja de casados no podía vivir su intimidad por tener que compartir la pieza con todos sus hijos.

Lo vi siempre como un hombre de oración. Tenía una vida muy activa en continuas instancias de importantes decisiones, escuchaba, intercambiaba informaciones para ver claro en los problemas que debía asumir, pero su tiempo de oración era sagrado, y podía verlo de noche, después de reuniones tardías y agobiadoras, antes de retirarse a su dormitorio, a la hora que fuera, abrir su breviario y orar las frases que la Iglesia pone cada día en los labios y en el corazón de sus sacerdotes para pedir por todas las necesidades de los hombres. Esa fidelidad a Dios en la oración siempre me conmovió y me estimuló.

Como salesiano aprendió de San Juan Bosco el valor de los niños para el Reino de los Cielos: los quiso entrañablemente; en La Cisterna, en la Gratitud Nacional, en el Patrocinio de San José —donde fue director— y en la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca que él fundó, quiso expresar su amor a los pequeños y su sentido profundo de paternidad hacia los más pobres y desamparados.

Manejó mucho dinero en su vida, hasta ser sospechado de interesarse más por el resultado financiero de las inversiones que de su incidencia pastoral, pero eran juicios superficiales: tuvo un desprendimiento tan elocuente que cuando dejó el cargo de arzobispo puso en evidencia que su único interés había sido ayudar a la gente, y con libertad supo entregarlo todo.

Encontraron que como obispo no tenía ningún bien propio, más que la modesta pensión de abogado.

Amó a su tierra y a su pueblo, le interesaba siempre la situación sociopolítica que tanto influye en el bienestar de la mayoría; conversaba con los dirigentes políticos de todos los bandos, estaba abierto a sus críticas y sugerencias con respecto a la actitud de la Iglesia en diferentes circunstan-

cias, y en los tiempos más difíciles supo levantar su voz sin temer las represalias. Fue atacado y hasta repudiado, pero su corazón de padre nunca se cerró al perdón y a la comprensión. Se sometió a reuniones difíciles y hasta comprometedoras a altas horas de la noche, con el general Gordon, entonces jefe de la CNI para cooperar en un posible entendimiento entre el gobierno de la época y la autoridad eclesiástica, en un momento en que las relaciones se habían cortado y el jefe del gobierno había interpretado la valiosa iniciativa del arzobispo Fresno como un intento de unir a la oposición para derrocarlo.

Como nunca pude apreciar en esas noches el amor del cardenal Silva para su patria y para su pueblo; son estos unos pequeños rasgos de un gran hombre.

De mis apuntes de viajes junto al cardenal Silva, extraigo dos episodios que sirven para ilustrar la personalidad de don Raúl. El primero data de 1977, estando en Washington, en casa de don Gabriel Valdés, donde también se encontraban en esa oportunidad don Raúl Troncoso, don Eugenio Ortega, doña Carmen Frei, don Genaro Arriagada, don Eduardo Frei Montalva, y don Gabriel, el dueño de casa.

Don Eduardo hacía un interesante relato de sus conversaciones con el rey Juan Carlos de España y con el rey Balduino de Bélgica y su testimonio de fe. Manifestaba el increíble antifranquismo que había observado en la sociedad española. Había un muy mal ambiente para la Iglesia.

Aquí intervino don Raúl y dijo con energía a todos: "Por favor no utilicen a la Iglesia", y todos los presentes concordaron que la Iglesia debía ser y mantenerse como la reserva moral y espiritual del pueblo chileno. Concluyó el cardenal Silva: "Si seremos capaces recogeremos el fruto, de otro modo lo recogerán otros, mejores que nosotros". Washington 19 de mayo de 1977.

Otro hecho rescatado de entre las páginas de mis apuntes, y que pone en vista otros aspectos de la poderosa

personalidad del cardenal Silva en momentos de crisis intensas, es uno que guarda relación con el arresto por parte de la DINA , del padre Renato Giavio.

Cito a don Raúl:

“No me toca ni nos toca, en estas dolorosas circunstancias ni juzgar ni condenar, nos toca sí orar más y vivir más profundamente el evangelio. Es el evangelio la fuerza de Dios y no otros medios”.

Estábamos cerca del Adviento y el cardenal comentó: “El es nuestra esperanza. Amémoslo en lo más pequeños, en los más pobres y abandonados. Un niño ‘desnudo’ y desarmado enfrenta solo un mundo hostil que lo persigue desde su nacimiento; pero ese ‘niño’ ha vencido al mundo. Creamos en El. Es nuestra fe. Tengamos siempre más fe en el evangelio, en los pobres, en los humildes, en los mansos, en los que sufren, en los que luchan calladamente por la verdad y la justicia, en los que no hacen daño a los demás, en los que entre ser verdugos y ser víctimas prefieren ser víctimas, para que en nuestro Chile, nunca un hermano aplaste a otro hermano, nunca nadie abuse de su poder y de su dinero, de su puesto de influencia y que todo lo que tenemos lo pongamos al servicio de los demás.

*Amad a vuestros sacerdotes
Defended a vuestros sacerdotes
Ayudar a vuestros sacerdotes
Todos nos necesitamos”.*

Palabras recogidas por el
padre Gustavo Ferraris
el 17-12-1974 después de la liberación
del P. Renato Giavio



Testimonio de monseñor Alejandro Goic Karmelic

obispo de Rancagua y presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, en la Ceremonia de Relanzamiento de las Memorias del cardenal Raúl Silva Henríquez con ocasión de los 100 años de su natalicio. Ediciones Copygraph.

Centro Extensión PUC, lunes 9 de abril de 2007

SU SUEÑO DE CHILE ES EL NUESTRO

Este nuevo aniversario de la pascua del cardenal Silva Henríquez transcurre en un tiempo muy especial para la Iglesia chilena. Acabamos de recordar esa gran bendición que significó para nuestro país la visita de Juan Pablo II, hace 20 años. Con emoción, hemos revivido esos históricos momentos que compartimos, entonces, también con don Raúl. Y en medio del júbilo del tiempo pascual que estamos comenzando, providencialmente estas fechas sorprenden a la Iglesia latinoamericana en un fecundo proceso de mirarse a sí misma, para evaluar su camino y discernir sus respuestas a los desafíos con los que el Señor nos interpela, como discípulos y misioneros suyos, para que nuestros pueblos tengan vida plena en Él.

Cuando el año pasado reflexionábamos junto a nuestras comunidades en parroquias, colegios, movimientos y congregaciones religiosas, acerca de nuestro modo de ser Iglesia, como un aporte a la V Conferencia de Aparecida, que se efectuará el próximo mes en Brasil; en numerosas ocasiones nos sentíamos iluminados por la figura señera de don Raúl Silva Henríquez, pastor, educador, profeta de nuestro tiempo.

Hoy tenemos la oportunidad de volver a gozar sus memorias, y a la luz de ellas repasar un período tan importante de nuestra historia como país y como Iglesia. Leer y releer las memorias del cardenal Silva Henríquez es abrir las ven-

tananas de un pasado que nos muestra sin eufemismos las caras ambivalentes de un Chile interpelado por las necesidades insatisfechas de su gente, y por una extrema polarización ideológica. Ambivalencia que, con dolor, vemos que aún persiste en las profundas desigualdades sociales, económicas y culturales.

He podido conocer por estos días el sitio web del cardenal Silva que hoy mismo ha sido publicado: www.cardenalsilva.cl. Gracias a las enormes posibilidades que nos ofrece la tecnología, asombra y emociona encontrarnos cara a cara con el registro documental de la historia de un hombre que encarnó la conciencia moral de un país en sus momentos más oscuros. Volver a oír su fuerte voz resonando en la Catedral Metropolitana, o recorrer las fotografías y los videos, son una experiencia tan necesaria como la lectura de sus memorias.

No quisiera yo en esta oportunidad atribuir al cardenal Silva especulaciones ni conjeturas sobre la hora presente. Pero es inevitable, al recorrer las páginas de estas memorias y los recursos de este sitio web, descubrir en el mensaje y en el testimonio de este discípulo de Jesucristo una fuerza que nos estremece, en medio de una época de la cual no hemos aprendido todavía lo suficiente.

¡Cuánta vigencia tienen hoy sus palabras de entonces!
¡Con cuánta valentía este hombre no dejó nunca de exhortar a la unidad y al diálogo, muchas veces ante los oídos sordos y la incomprensión de tantos! Hoy, con la distancia que nos aporta el tiempo, admiramos su visionaria mirada acerca de la realidad política mundial y nacional, su aproximación audaz frente a los vertiginosos cambios sociales y culturales, su reflexión lúcida acerca de las opciones preferenciales de la Iglesia en los contextos de su época.

Los chilenos nos estamos acercando a la celebración del Bicentenario de nuestra Independencia. Sabemos que son muy importantes los puentes y las autopistas, también las grandes reformas sociales que el país necesita. El carde-

nal Raúl nos invitó en su momento a meditar sobre el “alma de Chile”. Porque mirar hacia lo profundo de nuestros valores, de la identidad propia de nuestro pueblo, es un paso ineludible en estos doscientos años de la patria, para proyectarla hacia el futuro que ansiamos.

Permítanme en esta ocasión solemne, en que la figura de un pastor tan querido convoca a las más altas autoridades del país, permítanme poner sobre la mesa de los desafíos del Bicentenario aquello que el cardenal Raúl soñaba para Chile.

Él nos decía:

“... mi deseo es que en Chile el hombre y la mujer sean respetados...”

... Quiero que en mi patria desde que un ser humano es concebido en el vientre de una mujer, hasta que llega a la ancianidad sea respetado y valorado. De cualquier condición social, de cualquier pensamiento político, de cualquier credo religioso, todos merecen nuestro respeto.

... Quiero que en mi país todos vivan con dignidad...

... Quiero que en Chile no haya más miseria para los pobres. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar. Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud. Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia. Y que cada familia pueda habitar en una casa digna donde pueda reunirse a comer, a jugar y a amarse entrañablemente.

... Quiero un país donde reine la solidaridad...

... Creo que quienes poseen más riquezas deben apoyar y ayudar a quienes menos poseen... Chile debe desterrar los egoísmos y ambiciones para convertirse en una patria solidaria.

... Quiero un país donde se pueda vivir el amor...

... Nada sacamos con mejorar los índices económicos o con levantar grandes industrias y edificios, si no crecemos en nuestra capacidad de amar. Los jóvenes no nos perdonarían esa falta...

... Pido y ruego que la sociedad entera ponga su atención en los jóvenes, pero de un modo especial, eso se lo pido y ruego a las familias ¡No abandonen a los jóvenes! ¡Escúchenlos, miren sus virtudes antes que sus defectos, muéstrenles con sus testimonios un estilo de vivir entusiasmante!

... Y por último, quiero para mi patria lo más sagrado que yo pueda decir: que vuelva su mirada hacia el Señor. Un país fraterno solo es posible cuando se reconoce la paternidad bondadosa de nuestro Dios”.

Gracias, cardenal, por estas palabras de ayer que en este día leemos desde la realidad de hoy. Sepa, don Raúl, que puede contar –al menos– con el empeño de la Iglesia que usted tanto amó. Confiamos en que lleguen a ser muchas las personas de buena voluntad que quieran hacer realidad su sueño de Chile.

Y muchas gracias a todos ustedes por su compromiso para que el sueño de Chile de don Raúl sea su propio sueño. Dios los bendiga en ese esfuerzo.

Testimonio del padre Antonio Hidalgo D., sdb

Aparecido originalmente en el libro: "Raúl, Amigo..."

Ediciones Copygraph 1997

EL CARDENAL RAÚL EN MI AGENDA PERSONAL

El padre Antonio llega a España después de ocupar un alto cargo en la Congregación Salesiana de su país. Al cabo de un tiempo asume la responsabilidad de acompañar a don Raúl los fines de semana. Entre ambos nació una amistad de profunda significación.

Conocí al señor cardenal en Roma. Guardo de aquel fugaz encuentro el recuerdo de su fuerte personalidad. Dieciséis años después, en Chile, asistí en el Círculo Español al homenaje que con motivo de sus ochenta años le ofrendaron los políticos y el pueblo. Entonces, resonó su voz profética diciendo: "¡Es posible la unión!".

En 1993 me veo envuelto en algo impensado: los superiores religiosos me invitan a acompañar al señor cardenal en su casa de calle Los Pescadores, por los fines de semana. Durante los primeros meses fui conociendo a un hombre de 86 años que mantenía restos de su fuerte personalidad, pero cada vez más templados, con claro conocimiento de una soledad ascendente. Su pasado quedaba en la historia. No obstante, se resistía a no servir a los demás. "¿Por qué no vienen a verme?, puedo serles útil", decía.

Sorpresivamente llegó la bronconeumonía, la falta de riego sanguíneo a su cerebro hizo mella. Y comenzó el declive. Así conocí el rostro y el alma de un hombre paternal, misericordioso, piadoso, orante, agradecido, sereno, amante

de su patria, reverente al Papa, agradecido de su arzobispo, anciano y niño a la vez...

De 1993 a 1996 viví junto a él muchos días, le acompañé a la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca, recibí a sus visitas –desde el presidente Frei Ruiz-Tagle hasta el agradecido Andrés Padilla a quien salvó de la muerte en 1973–, alivié sus horas de soledad, compartí sus juegos de dominó donde cariñosamente le dejamos ganar. Sentí el afecto de un anciano agradecido por la más mínima atención. Se quedó en mi corazón cuando a fines de 1996 retorné de nuevo a Europa, estimando un gran favor de Dios haber vivido esos años de su ancianidad en los que, poco a poco, el cardenal ha ido perdiendo, por las leyes de la naturaleza, la fuerza de su gran lucidez; pero al mismo tiempo descubrí un corazón con sus más íntimos sentimientos, verdaderos y espontáneos, semejantes a la pureza y frescura de la niñez.

En mi agenda personal fui anotando apuntes diarios de esos años. Pero antes quisiera traer a la memoria mi primer contacto con el señor cardenal.

Roma, 1971. En una de las sesiones del Capítulo General Especial Salesiano se anuncia la visita del señor cardenal Raúl Silva Henríquez. Después de la cena nos dirigiría la palabra en las “buenas noches”. Allí le conocí por primera vez y aún recuerdo algunas de sus frases: “Me han llamado el cardenal rojo. El dios del capitalismo es el dinero; el dios del socialismo es el hombre. Amo a los hombres en Cristo”, me impresionó su recia personalidad.

En 1986 estoy destinado a Chile. Pocos días llevo en Santiago, cuando recibo la invitación de acompañar al señor cardenal en su mesa. Hecho que se iba a repetir muchos martes en compañía de algunos religiosos salesianos. Observo que el señor cardenal habla poco y escucha a todos; dirige la conversación, mantiene el interés por los temas y el análisis que de ellos se hace. Quedé impresionado al comprobar que nunca salía de sus labios palabras de condena para nadie. Si tuvo enemigos u opositores a sus ideas,

jamás escuché nombre alguno de ellos. Me pareció un hombre de corazón magnánimo y generoso.

25 de enero de 1993. Nunca pude imaginar que el padre inspector salesiano me invitase a acompañar al señor cardenal todos los fines de semana a su casa. El padre Gustavo Ferraris por sus muchas ocupaciones necesitaba de ayuda. Comencé el 25 de enero; el chofer estaba gozando de sus vacaciones. “¿Usted conduce?”, me pregunta el señor cardenal. “Sí”, le respondo. “Salgamos a casa de mi sobrino Clemente”, me dice. Le acompaño hasta el coche y abro la puerta trasera. Él la cierra y abre la situada junto al conductor. Me permito cerrarla y vuelvo a abrir la primera. Me mira, se sonríe y dice, abriendo la puerta que accede al asiento junto al conductor: “Mi hijito, tú no eres mi chofer, tú eres mi hermano”. Comprendí que vivir junto a un hombre de esta categoría humana era un privilegio.

Durante meses estuve acompañando al señor cardenal en sus visitas a los niños de la Aldea S.O.S., en Punta de Tralca. Saludos apenas llegaba, confesiones el sábado por la mañana y la misa de las 12 el domingo con la capilla a rebosar entre los cantos y plegarias de su pueblo y de sus niños. Esos pequeños eran las pupilas de sus ojos; les llevaba caramelos, los confesaba, se paseaba con ellos, los recibía en su saloncito residencial, los conocía por sus nombres... “Atiende tú –me pedía– a las mamis, yo confesaré a los niños”.

Transcribo algunas notas de mi agenda para ofrecer mis apreciaciones sobre la figura del cardenal. Es mi homenaje a sus noventa años de edad:

3 de abril de 1994: Un grupo de estudiantes salesianos de filosofía visitan al señor cardenal. Les dice: “Sed buenos y quered siempre a los pobres. Gracias por haber venido a verme, hijitos”.

13 de mayo de 1994: Son las 16:30; está en el sillón, las manos cruzadas sobre el pecho. Se va la enfermera y le

oigo decir: “Señor, me diste poder y ya no lo tengo, me diste fuerza para mandar y ahora me siento sin fuerzas. No sé cuánto tiempo me queda de vida”. Me atrevo a insinuarle, “pongámonos en manos del Señor”. Y responde: “En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu”. Entra la enfermera y guarda silencio.

3 de junio de 1994: Aparece en la prensa la noticia de la visita del Presidente estadounidense al Papa, y comenta: “Es algo nuevo; se han encontrado; han hablado; no piensan igual, pero no hay condena, ni lucha. Dialogan buscando solución. Es algo nuevo en la Iglesia”.

9 de julio de 1994: Lo visita el padre Mariano Puga. Habla de los trabajos realizados. Dice: “Sí, con la ayuda de Dios hemos trabajado por los pobres... los pobres son muy agradecidos... me quieren mucho”. Al despedirme, el padre Puga le dice: “¿Qué desea usted de mí?”. Y le responde: “Que vengas a verme y me cuentes lo que sucede en distintos lugares. También yo les puedo decir alguna cosa. Así me siento vivir aún en este mundo”.

11 de septiembre de 1994: Conversaba don Raúl con Reinaldo Sapag, que le visitaba como todos los domingos y fiestas, y éste le pregunta:

“¿Qué habrá en el cielo, señor cardenal?”. Él responde: “Habrá amor”.

24 de diciembre de 1994: Se presenta un caballero, mediada la tarde, deseoso de felicitar al señor cardenal y desearle feliz navidad. Está descansando. Insiste. Entro en su dormitorio y veo que está despierto. Accede a la visita y oigo las palabras del caballero: “Señor cardenal, soy Andrés Padilla, a quien usted sacó de la cárcel en 1973. Le traigo un regalo para sus niños de la Aldea S.O.S.: camisetas de fútbol y balones. Es cuando puedo ofrecerle, pues sé el amor que usted tiene a esos niños abandonados y pobres”. El cardenal le sonríe, lo deja besar efusivamente su mano y lo acompaña con su bendición.

5 de marzo de 1995: Estoy leyendo las memorias biográficas de Don Bosco. Me observa (estoy sentado a un metro de él) y me pregunta por qué tomo nota de la lectura. “Estoy leyendo la vida de Don Bosco”, le respondo. “Léeme algo”, me pide. Muestra mucha alegría y contento. A partir de entonces, cuando me ve con las memorias, me pide que le lea. Nunca antes había querido que le leyese ni de política ni de vida social. Al escuchar la vida de Don Bosco revivía los más profundos sentimientos; comentándole el afecto que en sus cartas manifestaban a Don Bosco los salesianos de Argentina para felicitarlo en el día de su santo, exclama el señor Cardenal: “A Don Bosco era difícil no quererlo”. Decía en sus sermones: “Don Bosco me atrajo hacia sí. Su amor a los pobres y a los niños, me llevaron a ser salesiano”.

15 de mayo de 1995: Estamos en el primer día de la novena a María Auxiliadora. He puesto una hermosa imagen de María en el dormitorio. Mirándola, me dice: “Qué buena es la Virgen, cuánto me quiere... y cuánto la quiero yo a ella”. Estaban presente su hermana Anita y el padre Pedro García.

23 de junio de 1995: Ha muerto el padre Viganó y lo estamos recordando. Exclama: “¡Qué pena tan grande! ¡Lo queríamos tanto...!”

15 de julio de 1995: Son las diez de la mañana. Me mira y dice, muy pensativo: “Yo no he realizado bien todas las cosas. Estoy apenado porque no he entregado todo a los niños. No lo he hecho todo bien...” Le respondo para consolarle: “Señor cardenal, recemos; otros se preocuparán de que lo iniciado por usted vaya siempre adelante”. Pero continúa: “He hecho cosas, pero no todas han dado buenos frutos... ¿Qué puedo hacer ahora?”. Aún me atrevo a insinuarle: “Si algo no produjo frutos, no se preocupe... nosotros sembramos, pero es Dios quien da el incremento”. Y me responde: “Es que es mi culpa... Estoy apenado”. Le digo: “Dios es misericordioso, es Padre amoroso, que le conoce y lo sabe todo. Él nos ama y perdona las limitaciones”. Mira al

crucifijo y a la imagen de María Auxiliadora y agrega: “Pero me preocupa no haberlo todo bien”. “No se preocupe; María es madre. Con su hijo en los brazos es también Nuestra Madre. Siga rezando tranquilo”, respondo. Se inclina sobre el breviario y sigue rezando.

12 de agosto de 1995: En un momento de conversación le digo: “me han contado que a usted le quiere mucho el pueblo, y le gritaba: Raúl, amigo, el pueblo está contigo”. “Sí. Sí –me responde–, pero ahora no es así”. “¿Cómo, cree usted que ahora no le quiere?”, pregunto. “Ahora es distinto –me responde–, antes yo tenía un trabajo... trataba de hacerlo lo mejor posible...”. “Pero –le digo– ahora el pueblo es el mismo de antes, siempre de corazón noble, y lo quiere...”. “Si tú lo dices... Sí. Si, el pueblo es noble y bueno; demos gracias a Dios”.

18 de agosto 1995: Comento al señor cardenal que en mis clases he tenido que hacer algunas observaciones serias a los novicios sobre educación y urbanidad, pues ellos serán educadores y profesores en un futuro muy cercano. Y se me ocurre preguntarle si es bueno hacerles notar esto. “Sí –me responde–, pero que vean siempre que tú les quieres”.

Por la tarde de ese día sufre un fuerte dolor de cabeza y se pone la mano sobre ella. “¿Por qué tengo este dolor?”, me pregunta angustiado. Miro al crucifijo y a la imagen de María y le insinúo: “Ofrezcámosle a Él y la Virgen este dolor”. Mira la cruz y a la Virgen y dice: “Se lo ofrezco con sumo amor y cariño... Con todo mi corazón”.

Cuántas cosas quedan en mi agenda. He de dejar sin nombrar a tantas personas que con cariño le visitaron en esos años. Es imposible en tan poco espacio.

En esos años difíciles, antes de ingresar en la Casa de Salud que los salesianos han ofrecido al señor cardenal para que pase el tiempo que el Señor quiera aún concederle, confieso que encontré en el cardenal Raúl Silva Henríquez, a una persona llena de dignidad paternal, siempre agradeci-

do, reservado, jamás una palabra de más, ni una frase menos digna y delicada; obsesionado por la oración, manteniendo el breviario delante de sus ojos el día, fervoroso en la Eucaristía; ansioso de relacionarse con los demás y poder contribuir a su bien.

El recuerdo más hermoso entre todos los que guardo en mi corazón es aquel de sus primeros días de la enfermedad. Apenas atendía, pero juntaba sus manos y doblada la cabeza en un gesto de gran piedad; rezaba en voz alta: “¡Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios...”, una y otra vez lo repetía. También impresionaba oírle otras oraciones llenas de ingenuidad dirigidas a la Virgen. Eran, lo confirmaba su hermana Clementina, las oraciones que aprendió de labios de su madre en su tierna infancia.

El señor cardenal, como todo diamante, tiene muchas caras que despiden luces de grandes valores. Yo no he podido conocerlas todas. Pero le ofrezco este sencillo testimonio donde he querido mostrar la belleza de algunos años postremos de su vida. Al mismo tiempo que agradezco, una vez más, sus atenciones en ese tiempo.



LA EVOLUCIÓN DE DON RAÚL

En el Seminario nos reíamos del lema de un cardenal que en el Concilio Vaticano II no logró imponerse sobre los vientos renovadores que soplaban bajo la cúpula del Bernini. El lema de su escudo de defensa era: "*Semper idem*" (Siempre igual, siempre el mismo).

Para ser justos hay que reconocer que el lema puede tener una acepción aceptable y laudable: siempre igual en lo bueno, en los valores, sin decaer y sin transigir. Pero corre el riesgo de proclamar también un ideal de inmutabilidad, de fixismo, de intransigencia, de rutina y conformismo. Actitud que sería antinatural, pues en la naturaleza y en la historia, **"cambia, todo cambia"**. Y nosotros mismos, quieras que no, cambiamos y esta es la condición para vivir mejor: cambiar bien. Que las nuevas acciones que ponemos hoy día, sean tan buenas o mejores que las que pusimos ayer.

Me piden un testimonio sobre don Raúl y se me ocurre comprobar cómo evolucionó en su vocación sacerdotal, desde sus estudios universitarios de Derecho, su formación salesiana, su ejercicio de educador, sus iniciativas de organización en Caritas, su primer ministerio episcopal y finalmente en la cúspide: su desempeño como arzobispo de Santiago y cardenal de la Santa Iglesia Católica y Romana.

Nosotros, el clero secular de Santiago, lo vimos llegar desde Valparaíso, tras un "enroque" que hizo la Santa Sede

con el administrador apostólico don Emilio Tagle, que conducía la arquidiócesis desde la muerte del querido y popular cardenal José María Caro (3.XII.1958). Don Emilio había traído brisas de renovación pastoral con opción por las poblaciones pobres. De monseñor Silva Henríquez, en cambio, sabíamos que en el puerto había gobernado con mano fuerte. Además esta vez un religioso ocupaba el trono arzobispal que se consideraba propio del clero diocesano. Don Raúl percibió este sentimiento, pero el hombre tenía carácter y siguió su camino buscando buenos colaboradores .

Al comienzo el nuevo arzobispo nos pareció algo conservador. Estaba anunciado el Concilio y, como mucha gente, parece haberse preguntado

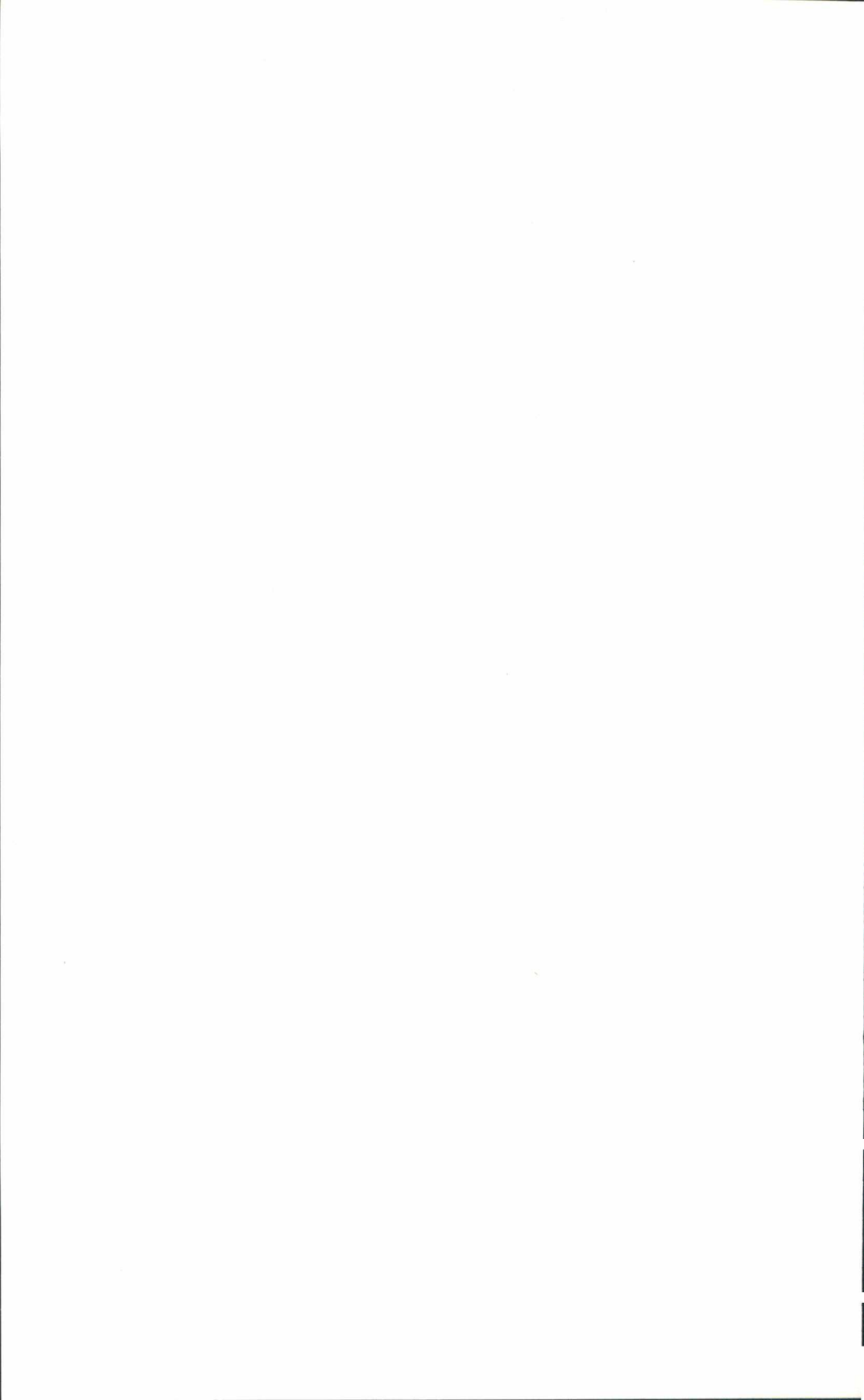
“¿ Para qué?”. Todo andaba satisfactoriamente, bastaba seguir con los cauces establecidos, cumplir todo bien y seguir con el *statu quo*. Sin embargo juntó un grupito de teólogos y pensaron sobre todo en la introducción de la lengua vernácula en la liturgia. Pero que se colgara la sotana y adoptara el *clergyman* norteamericano le pareció primero una ofensa a la que llamó “la librea de Cristo”. Pero no demoró mucho en plegarse él también al cambio y a otros muchos más que vinieron después.

Así era don Raúl. Abierto para la modernidad. En el Concilio se puso a la escuela de los grandes cardenales, obispos y teólogos expertos y comprendió que se rechazaran los esquemas propuestos por la curia vaticana y se introdujeran nuevos enfoques teológicos y disciplinarios. Luego participó en Medellín donde sintió aprobada y estimulada su propia “opción por los pobres” que latía ya naturalmente en su propio corazón. Y cuando la política chilena viró hacia un intento de construir el socialismo, no se precipitó a condenar. Acogió al nuevo presidente socialista cordialmente y antes de pronunciarse sobre los católicos que querían ayudar a construir el socialismo en Chile, consultó y dialogó con sus hermanos en el episcopado y sostuvo posiciones moderadas. No tan moderadas fueron las que llegó a obser-

var ante la dictadura de Pinochet. Primero creyó que podía moderarlo a él: se equivocó. Después creyó que Pinochet duraría poco: nuevo error. Su conciencia de pastor le impidió tolerar las violaciones de los derechos humanos y sus denuncias, encabezando al episcopado, le atrajo la crítica furiosa de los disidentes católicos de derecha ignorantes despectivos de la doctrina social de la Iglesia.

Fundó tal cantidad de instituciones que pareció a algunos que era un buen empresario: después de Caritas, vino Invica, la Fundación para el Desarrollo, la Reforma agraria, el Banco para el Desarrollo, Indisa, el nuevo Seminario, hizo crecer la Radio Chilena y los medios de comunicación escritos.

Finalmente vino el retiro a la casa de Los Pescadores, en la que no cayó en soledad, pues era muy visitado y muy activo. Recuerdo la celebración de sus 90 años, muy contento, porque una vida larga y tan llena de tareas cumplidas es una bendición del Señor.



Testimonio de la hermana Francisca Morales S.

Aparecido originalmente en el libro: "Raúl, Amigo..."

Ediciones Copygraph 1997

LO QUE ES DE JUSTICIA

Fue la madre superiora de la Congregación del Amor Misericordioso. Para el cardenal, las hermanas de esta congregación, significan un aporte muy importante en la ayuda social.

Lo primero que quiero testimoniar es el profundo sentido eclesial de don Raúl, unido a su amor por los más pobres.

Era época de crisis sacerdotal en un momento de gran explosión habitacional en la Arquidiócesis. Su corazón de pastor estaba angustiado al ver a los pobres de las poblaciones marginales como ovejas sin pastor. Las parroquias no podían asumir el desafío que significaba esta vida bullente, nueva, que iniciaba procesos de organización y participación en territorios ya alejados de sus límites parroquiales. Eran los años de la "promoción popular". ¿Podía la Iglesia estar ajena a estos procesos, sin hacer su aporte de evangelización integral? Era la preocupación de don Raúl y pensó en las religiosas. Ya el año 1964, con la Misión General, se puso con evidencia el rico potencial evangelizador de la mujer consagrada.

Al venirse de Roma, después de finalizar el Concilio, don Raúl invitó y luego trajo al padre Roberto Pelton para que asumiera la Vicaría de Religiosos de la Arquidiócesis y desde allí impulsara los procesos de renovación. Y así llegó hasta nosotras diciéndonos: "Ustedes pertenecen a Dios, son diocesanas. Yo quiero que hagan su capítulo de renovación, asesoradas por el padre Pelton".

Y nosotras llenas de esperanzas, bajo una segura conducción, y asumiendo el deseo del pastor, iniciamos el estu-

dio y preparación de nuestro capítulo, en 1966. Como fruto de discernimiento, aprobamos en nuestra primera etapa, redistribuir a las hermanas y ofrecer quienes quisieran, la posibilidad de salir de las "obras" para irse a vivir entre los más pobres. Era claramente una aventura evangélica, audaz e innovadora que en los comienzos se aprobó en calidad de "experimento", como el mismo Concilio lo aconsejaba. Era enero de 1967. Fuimos a comunicarlo al pastor y este nos acogió con mucha alegría e inmediatamente nos dijo: "Quiero que salgan a las poblaciones, que ojalá asuman pastoralmente sectores sin sacerdotes y hagan, así, presente a la Iglesia entre los más pobres. Yo les doy todo mi apoyo, les pongo casa y les doy algo más para ayudarlas a vivir. Elijan el lugar y luego me lo comunican".

Y así fue como, gracias a don Raúl, nuestra congregación comenzó a formar "pequeñas comunidades de vida religiosa inserta entre los más pobres", aun antes de Medellín. Esto marcó nuestra vida. Esos tiempos animada por el Espíritu Santo, se desencadenó por toda América Latina uno de los hechos de mayor relevancia para la Vicaría de Religiosos en la Iglesia del continente y que Puebla valoró como una tendencia muy significativa: La vida religiosa inserta y su opción por los más pobres.

Otro hecho que muestra la riqueza de sentimientos del corazón de don Raúl sucedió en una reunión con superiores mayores, en el tiempo de la dictadura. Estando en pleno desarrollo las dos primeras huelgas de hambre de los familiares de detenidos desaparecidos, fuimos convocadas por el pastor. Él estaba muy molesto porque había sacerdotes y religiosas solidarizando y en huelga de hambre, con los familiares de los detenidos, en locales de Iglesia. El señor cardenal nos habló con mucha fuerza sobre la gravedad de la situación y nos amonestó seriamente a los superiores que permitíamos que nuestros religiosos participaran en la huelga. Moralmente, él creía que no se podían exponer sus vidas tan riesgosamente en una huelga de carácter indefinido. Ade-

más, era muy comprometedor para la Iglesia permitir en plena dictadura una oposición al régimen que podría significar nuevas pérdidas de vida y esto en locales de Iglesia. También podía inhabilitar todo el bien que esta estaba haciendo tratando de salvar vidas y liberar a muchas personas de males tan graves como el encarcelamiento y la tortura.

El chaparrón fue duro para todos los asistentes, particularmente para quienes teníamos hermanos y hermanas entre los ayunantes. Yo pedí la palabra y no me fue dada. Por lealtad, me acerqué al final a don Raúl para informarle que Blanca Rengifo, hermana de nuestro Instituto, estaba en la huelga, en el grupo que se encontraba en Lourdes. Y le dije: “Señor cardenal, después de lo que usted ha dicho, ¿qué quiere que le diga a hermana Blanca? Y él me contestó, con una mirada emocionada y llena de ternura, y tomando mi mano entre las suyas: “No le diga nada”, y se alejó con una sonrisa llena de bondad.

Finalmente, un tercer hecho que quiero contar, pues refleja claramente su visión de la justicia evangélica y su amor por los pobres, es el siguiente:

Como era costumbre, en la Asamblea de Conferre, con los superiores mayores, en Padre Hurtado, tuvimos la oportunidad de dialogar y escuchar las respuestas de nuestro pastor frente a nuestras inquietudes. Estábamos hablando sobre la situación de los pobres en la dictadura y sobre la injusticia que para muchos era el P.E.M.¹. Alguien de la Asamblea quiso contarle a don Raúl cómo su congregación acogía a la gente del P.E.M. para trabajar en sus obras, dándoles además la comida y algunas ropas para sus familiares. El cardenal, visiblemente molesto y con fuerza dijo más o menos lo siguiente:

¹ Programa del Empleo Mínimo creado por la dictadura militar en 1989 a raíz de la gran crisis económica que vivió el país en esos momentos, cuando el Producto Interno Bruto cayó en cerca de un 15% y la cesantía alcanzó a 30%. Con el objeto de aminorar el desempleo, el gobierno creó puestos de trabajo improductivos, principalmente vinculados al aseo en las calles a cambio de una remuneración mínima.

“¿Y usted permite, hermana, que esos hombres trabajen para usted sin recibir el salario que les corresponde de parte suya? ¡No por favor, no les den por caridad lo que es de justicia! Ustedes deberían pagarle a lo menos lo que le falta al salario del PEM para ser un salario justo. Si no les pagan, ustedes se hacen cómplices de una situación de injusticia”.

La lección habla por sí sola.

Testimonio del cardenal Carlos Oviedo Cavada

Aparecido originalmente en el libro:

"Caritas Christi Urget Nos".

90 años del cardenal Raúl Silva Henríquez.

Siendo en ese tiempo arzobispo de Santiago

LA VISITA DE UN PASTOR

Con el deseo de estimular más la vida de la Iglesia, en 1982 invité al señor cardenal Raúl Silva Henríquez a Antofagasta. La visita se planificó junto con él y recuerdo muy bien su disponibilidad y cómo comprendía las razones de esta visita con un profundo sentido de Iglesia. El había estado antes ya en Antofagasta y yo mismo lo había encontrado allí en 1966, cuando la ciudad cumplía cien años y su obispo monseñor Francisco de Borja Valenzuela Ríos había invitado a un gran número de obispos de Chile.

En la ocasión que recordamos, el cardenal Silva Henríquez, acompañado por el padre Gustavo Ferraris, llegó a Antofagasta el viernes 6 de agosto de ese año 1982. Al aeropuerto concurrieron muchas personas, algunos cursos de colegios y niños de hogares de la Iglesia. De allí fuimos a la Catedral, donde había adoración al Santísimo y, antes de la bendición, el cardenal dirigió unas emotivas palabras de encuentro con los fieles ante Jesús Sacramentado, animando a esa práctica de adoración. Luego, después de la bendición y de saludar a los centenares de fieles ahí reunidos fuimos a la intendencia para saludar a las autoridades. La razón era hacer presente su misión evangelizadora a todos, sin excepción. En la noche tuvo una reunión masiva con educadores. El mundo de la educación es fundamental en la vida de toda comunidad y hay que valorar, entonces, a los educadores. Sus palabras fueron muy

orientadoras, ya que él mismo había trabajado durante mucho tiempo en educación.

Al día siguiente, sábado, se reunió en la mañana con sacerdotes, diáconos, religiosas y miembros de institutos seculares par reflexionar sobre la vida de la Iglesia y de su servicio al mundo. Después, en un ambiente muy fraternal, todos pudieron compartir con el cardenal un almuerzo, y más tarde nos dirigimos con él a la Ermita de la Virgen del Carmen del Salitre y del Cobre, en pleno desierto. Unos cinco mil fieles lo acompañaron para orar por la región y por la patria, expresando su amor y devoción a la Madre de Dios.

El día concluyó con una Santa Misa en la Catedral, celebrada especialmente para los trabajadores. Fue muy emotivo ese encuentro con los obreros, mostrando a Jesús como uno de ellos, cuando por años trabajó como carpintero. Así, el trabajo de todos adquiriría mayor valor. Una cena con profesionales católicos, en que se conversó acerca de su aporte en el mundo del trabajo, marcó el final de la jornada.

El domingo, temprano en la mañana, hubo una misa en la Catedral dedicada especialmente a las familias, para estimular y ayudar a la vida familiar en sus diversas proyecciones, desde el interior del matrimonio hasta acompañar a los hijos en la orientación de sus vidas.

Por la tarde, en el Hogar de Ancianos de las Hermanas de los Ancianos Desamparados, tuvo una reunión con los dos hogares de ancianos existentes y con todos los clubes de ancianos de la ciudad. Con humor, el cardenal se presentó como un anciano más que estaba pronto a jubilar. Dio hermosas orientaciones para ese período de la vida y gozó viendo las representaciones artísticas que hacían varios de los clubes.

Sin embargo, como la reunión se alargaba mucho, fue necesario interrumpirla porque el cardenal debía ir al Colegio San Luis de los jesuitas, donde lo esperaban los jóvenes.

Fue un encuentro grandioso en número y en el mensaje que el pastor ofreció a los jóvenes y a sus formadores. Todos se lo agradecieron muchísimo. Pero fue, también, una tarde muy densa y con humo, por lo que el señor cardenal me dijo, al final, que necesitaba descansar.

El lunes, temprano, el cardenal celebró la Santa Misa para quienes trabajaban en la acción social, y más tarde visitó la cárcel. Hizo un recorrido por todo el establecimiento y después se reunió con los internos, dándoles un alentador mensaje para los días difíciles que transcurren para un privado de libertad. Los internos también le agradecieron y le ofrecieron interpretaciones musicales. Impresionó el testimonio de uno de ellos que le expresó su reconocimiento por dedicar “ese tiempo de su vida a visitar a los presos”.

Luego el señor cardenal, fuera de programa –simplemente porque pasábamos por ese lugar–, quiso entrar a una de las secciones de Tramaca para saludar a los trabajadores que preparaban los buses para los viajes. Fue muy impactante para todos esa visita y ver la cercanía del cardenal con ese mundo del trabajo. En la tarde tuvo un encuentro con un gran número de religiosas y laicos que trabajaban en catequesis, el cual fue también de gran estímulo y ayuda para ese personal apostólico en una tarea fundamental para la Iglesia. Y con este programa finalizó su visita a Antofagasta, regresando a Santiago a las siete de la tarde.

La presencia del señor cardenal tuvo una cobertura de prensa muy destacada. Quiero referirme a tres aspectos de sus declaraciones a la prensa: “Pasamos por tiempos difíciles. La Iglesia ha estado en vela y expuso su parecer previniendo sobre los errores. No siempre hemos sido escuchados. Cuántas lágrimas y angustias pudieron evitarse si alguien hubiera tomado en cuenta nuestros puntos de vista. Quiero darles... una gran esperanza: los grandes valores que defendemos no mueren ni podrán morir. Debéis mantener la fe en que es posible recuperar aquellos valores que hoy parecen perdidos. No se desilusionen, porque viviremos

una etapa de renacimiento de nuestra patria a la luz de la justicia, la paz y el amor”.

Otro tema que abordó al hablar de la familia fue: “Una ley de divorcio debilita desde su raíz la estabilidad y el compromiso del amor conyugal y nunca una ley permisiva ha favorecido el mayor bien de la familia, que es lo que más defiende y quiere la Iglesia”.

Finalmente, el cardenal procuraba fortalecer la comunión en la Iglesia: “A los católicos les es permitido tener cierta actitud crítica respecto a sus pastores, que son hombres con defectos, como los demás hombres, aunque investidos de una autoridad que no es humana. Sin embargo, una disidencia con la posición de la Iglesia manifestada explícitamente por sus legítimos pastores, en comunión con el Papa y con el respaldo de las enseñanzas oficiales de la Iglesia universal, es ciertamente pecaminosa, por no decir herética”.

Mi comentario, en la prensa, después de la visita del cardenal, fue hacer notar su carácter misionero y fraternal, y la acogida que tuviera en Antofagasta con afecto y respeto, pues se habían hecho presentes, delegaciones de Taltal, Tocopilla, Mejillones, María Elena, Pedro de Valdivia y Baquedano. El cardenal siempre habló con optimismo, dando aliento y esperanza, porque era una visita de fe. Dimos gracias a Dios por la visita de un pastor.

Testimonio del padre Miguel Ortega Riquelme

En esa época rector del Colegio Notre Dame

Aparecido originalmente en el libro:

“*Caritas Christi Urget Nos*”.

90 años del cardenal Raúl Silva Henríquez.

EL PASTOR QUE ME ENSEÑÓ A SER PASTOR

Entré al Seminario Pontificio de Santiago en 1961. Ese mismo año el cardenal Raúl Silva Henríquez asumió como arzobispo de Santiago. Me ordenó “presbítero” en 1969, y todo mi tiempo de seminarista y de sacerdote lo he vivido especialmente vinculado a él.

Tuve el privilegio de gozar de su amistad. Muchas veces recibí su llamado para que compartiera su mesa y su amena conversación. En el cardenal yo podía confiar. Con él podía discutir. Reconozco en él una “marca registrada” que ha permanecido en mi vida. Ha sido mi padre en el ministerio sacerdotal.

Cuando los jóvenes no tenían espacios, el cardenal hizo que los templos se abrieran a ellos. Y nuestras capillas y parroquias se llenaron de su presencia y de su alegría. Un día me llamó para que me hiciera cargo de la Vicaría de Pastoral Juvenil Extraescolar. Su preocupación por los jóvenes era permanente y su interés por las actividades que realizábamos, también. Era estimulante contar con su confianza y su apoyo.

El cardenal tenía un carisma especial por la juventud. Creaba una corriente de simpatía muy grande con los jóvenes. Entendía sus inquietudes, hablaba su idioma y, de hecho, mientras fue arzobispo de Santiago, era la figura que los jóvenes reconocían como líder. Lo recuerdo en el Parque

O'Higgins, en el cerro San Cristóbal, en el Templo de Maipú, en el Teatro Caupolicán, en la Catedral o en Punta de Tralca, transmitiendo con palabras de fuego su amor por Jesucristo, por el hombre, por la Iglesia, por María, por Chile, por los pobres, por la democracia...

Con el cardenal yo me tomaba licencias. Me corregía cuando lo imitaba y gozaba que lo hiciera. Cristián Precht era como el hijo mayor del cual esperaba seriedad y organización. Yo era como el hijo menor, al cual le permitía una broma y hasta un pequeño desliz en el lenguaje. Recibíamos su no disimulado afecto con gratitud.

Había un grupo de vicarios que íbamos a pasar el Año Nuevo a Punta de Tralca. Después de cenar y mientras esperábamos las 12 de la noche, hacíamos una revisión del año hablando de cada uno, de nuestros aciertos y dolores. El momento era de gran intimidad. Siempre me llamó la atención la sinceridad del cardenal para contar lo que a él le había sido difícil y lo que le había dado satisfacciones.

Estuve muy cerca del cardenal en su vinculación con el presidente Frei Montalva. Cuando el cardenal quería verlo me llamaba por teléfono y me decía. "Quiero ver a tu amigo". Y yo sabía lo que debía hacer. Cuando el Presidente quería ver al cardenal me llamaba para decirme. "Quiero ver a su jefe". Y se encontraban. El aprecio era mutuo. De gran respeto y gran confianza. Cuando murió don Eduardo, don Raúl me comentó. "Lo he sentido más que a un hermano".

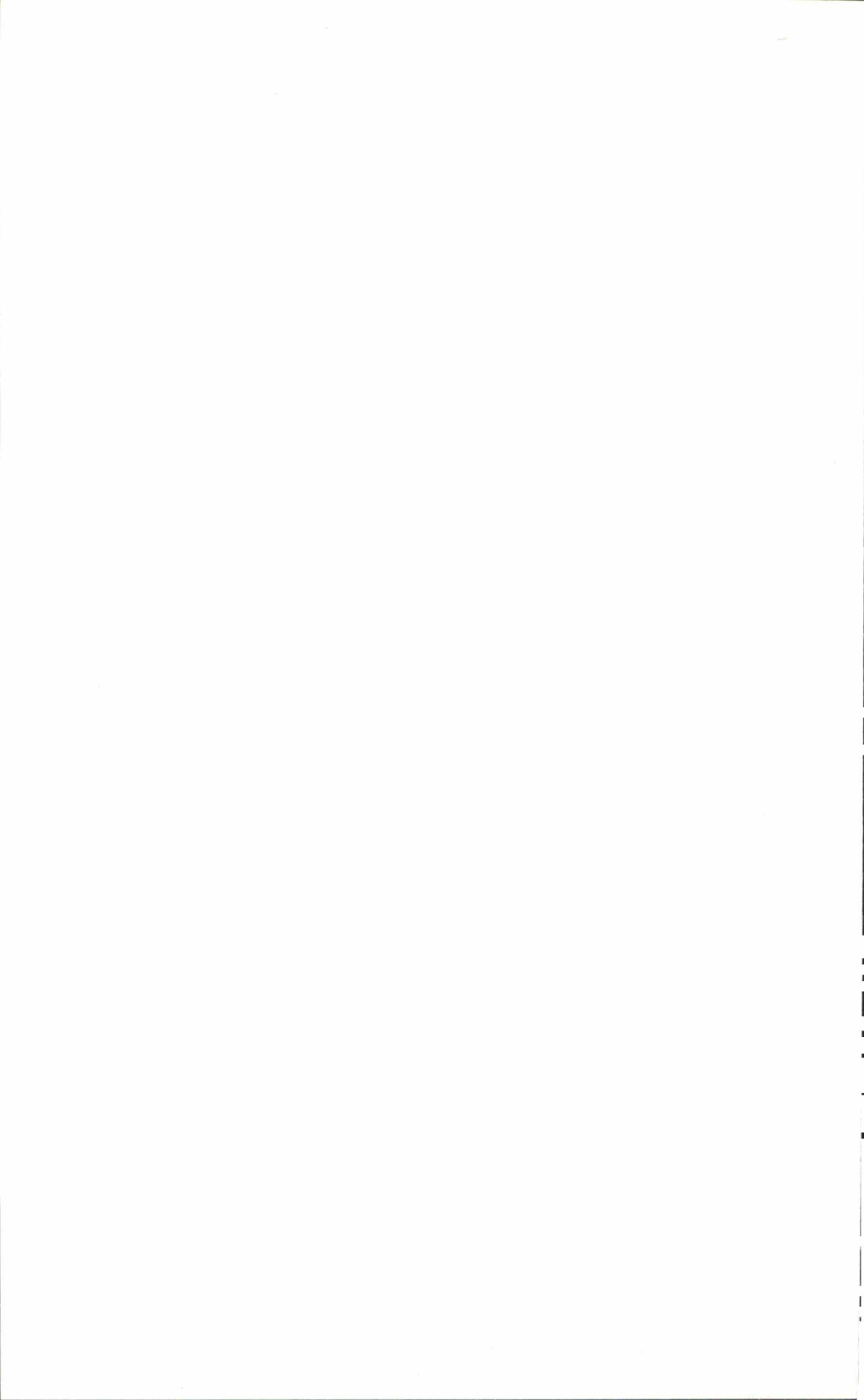
Me llamó la atención en el cardenal una cierta "alma de huaso" que se manifestaba en su picardía y en sus dichos. Le gustaban la cazuela, las sopaipillas, la fruta, los postres hechos en casa "que nunca eran tan buenos como los que hacía su madre". Tenía muy en su corazón el campo chileno y la vida campesina. Conocía los árboles y las aves de Chile. Gozaba con las plantas, con los trabajos de la siembra y de la vendimia. En su casa se alegraba con las tórtolas que llegaban al patio y con sus azaleas floridas, que cuidaba especialmente. Y le encantaba hablar con los cam-

pesinos ya que comprendía muy bien sus inquietudes y labores.

Pero donde uno tocaba la fibra más íntima del cardenal Silva era cuando se hablaba con él de los pobres. No era extraño verlo llorar cuando sabía de sus sufrimientos y frustraciones. Recuerdo cuando predicaba sobre un hombre que le dijo que no podía hacer el amor con su mujer porque los niños dormían en la misma pieza. El cardenal ahí derramó lágrimas de hombre bien hombre.

Cuando iba a dejar de ser arzobispo de Santiago le fui a pedir un sacerdote para que me ayudara en el Seminario Menor. "Yo te ayudo", me dijo. Y puntualmente iba todos los martes y miércoles a confesar y a dialogar con los alumnos. "Soy verdaderamente feliz", decía. Y se le notaba con toda claridad. El padre salesiano se le salía por los poros.

Bendigo al Señor por haberme regalado la cercanía de este hombre de Dios que me enseñó a amar a Dios, de este pastor que me enseñó a ser pastor.



**Testimonio de monseñor
Bernardino Piñera Carvallo**

Arzobispo Emérito de La Serena
Texto aparecido originalmente en el libro:
"Caritas Christi Urget Nos".

90 años del cardenal Raúl Silva Henríquez.

FUERTE PERO PRUDENTE

Estando en Roma, hace ya algunos años, el cardenal Raúl Silva estuvo de cumpleaños y los sacerdotes chilenos que ahí estábamos lo convidamos a almorzar. Me pidieron que le dijera algunas palabras.

El cardenal no es para largos discursos. Le gusta que se vaya "al grano", especialmente tratándose de él mismo. Por tanto, le dije tres cosas y muy breves:

- Que el cardenal había hecho pasar por la Iglesia chilena un soplo de virilidad que hace bien.
- Que el cardenal -cualquiera fuera la posición social de su familia- proyectaba la imagen de un hombre y de un sacerdote independiente de toda clase social.
- Y que el cardenal tenía la capacidad de ver y de enfocar los problemas desde el punto de vista del hombre común y corriente. Me escuchó con mucha atención. Todos sabemos que suele ser parco en sus palabras. Cuando terminé me dijo. "No estuviste tan mal". Comprendí que se había sentido retratado tal cual era y tal cual quería que lo vieran.

Hoy repito lo mismo. Pero agregaría algo más.

Siempre vi al cardenal Silva Henríquez como un boxeador de peso pesado a quien le gusta el ring. Un buen boxeador requiere tres cualidades, pegar fuerte para definir la

pelea, esquivar los golpes para permanecer en pie, y aguantar los golpes que no puede esquivar, para seguir peleando.

El cardenal a veces pegaba fuerte. No era bueno para esquivar golpes, pero he conocido pocos hombres más pacientes para aguantar los golpes que no podía esquivar, para “absorber castigo”, como dicen los comentaristas de boxeo. A veces me evocaba la figura bíblica del patriarca Job: capaz de sufrir sin quejarse, de aguantar con paciencia, de esperar sin temor, de cumplir su deber –tal como él lo entendía–, viniera lo que viniera. Una faceta del cardenal menos conocida es la del religioso, y del religioso salesiano. Hay que tener presente este aspecto. El del religioso que se levanta temprano, que dice su Oficio Divino, que celebra la Eucaristía, que medita, fiel a su rosario, exigente consigo mismo. Celoso en la atención espiritual de los jóvenes, en sus últimos años y mientras pudo pasaba horas confesando niños y adolescentes es sus colegios. Fue toda su vida fiel a su maestro Don Bosco. Una vez me hizo una confidencia. De niño, en Talca, en San Javier en el fundo de su familia, había aprendido de su madre –reconocida por todas las damas talquinas como una eximia cocinera– a saber cuándo un pescado está fresco o a dejar transparente el dulce de membrillo. En suma, a comer bien, en familia, aun no siendo ricos, como se comía en aquellos tiempos en la apacible vida provinciana.

–Después –me decía– vino el tiempo de salesiano en que me olvidé de esas cosas. Pero que ahora como cardenal, como arzobispo de Santiago, tengo que tener casa y debo invitar a comer a altos personeros, he vuelto a interesarme por lo referente a la mesa. En medio de las tensiones que vivo, a veces tengo la necesidad de un respiro, de un rato de alegría. Y he vuelto a sentir agrado en los inocentes placeres de una mesa acogedora, en compartir con amigos, en prepararles un aperitivo que les sea grato, en ofrecerles una comida agradable.

El cardenal no era un hombre de mundo, ni un hombre frívolo, ni un gozador de la vida. Era un hombre austero, un hombre de deber, un luchador. Un hombre que fue muy incomprendido y muy golpeado. Su acogedora mesa de comedor fue para él un refugio, un descanso en las horas amargas.

A diferencia de otras personas, yo he admirado en el cardenal su prudencia. El cardenal era fuerte. Tenía gran capacidad de liderazgo. Sabía elegir a sus colaboradores, darles su confianza y ganarse su lealtad y su cariño. Sabía decir lo que había que decir sin rodeos, a veces con vehemencia, con pasión. Pero era prudente. "Los santos, que recen -solía decir-; los sabios que enseñen, pero ¡que gobiernen los prudentes!".

El fue prudente sin perder liderazgo, sin renunciar a los valores que debía defender y promover, pero sabiendo que hay que mirar al futuro, que hay que reconocer límites, elegir la manera, esperar el momento. La de él era una fuerza controlada al servicio de un proyecto que no era su proyecto, sino el proyecto de la Iglesia de Jesucristo en el Chile que le tocó vivir. Era la fuerza de un pastor, la fuerza de los Gregorios, de los Becket, de los Wichinsky, de los Woytila. Fuerte pero prudente.

Ahora, en su retiro, el cardenal pasa largas horas con su Breviario en las manos. Apenas puede leer, y a veces olvida dar vuelta las páginas. Pero se resiste a dejar su libro de oración: es un deber y fue durante toda su vida su fuerza y su refugio. Quizás esta imagen del anciano cardenal, alejado ahora de las luchas de este mundo, apretando entre sus manos el gastado libro en que se alimentó toda su vida con la palabra de Dios, sea la que mejor exprese lo que es Raúl Silva Henríquez un sacerdote, un religioso, un pastor, y sobre todo un fiel discípulo de Cristo, su Señor.



Testimonio del padre Eugenio Pizarro Poblete

“EL AMOR DE CRISTO NOS URGE”.
RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ,
ARZOBISPO DE SANTIAGO.
“EL CARDENAL DEL PUEBLO”.
ENCARNACIÓN: DEL BUEN SAMARITANO.
DEL CONCILIO VATICANO II.
DE CONFERENCIA DE MEDELLÍN.
DE EVANGELII NUNTIANDI.
DE CONFERENCIA DE PUEBLA.

INTRODUCCIÓN

Cuando me pidieron un testimonio del cardenal Raúl, pensé en qué camino tomar. Me pareció que don Raúl me dijo que hablara más de su contenido, de sus fundamentos inspiradores de su vida; de su pastoral, de su amada Iglesia, de su modo de hacer Iglesia, Misión y Evangelización; de la manera como hacer que Cristo, el Verbo, se encarne en nuestros tiempos. Es una vivencia y convicción testimonial acerca de lo que anuncia el largo titular, tan largo, como lo que creo, debo de escribir. Se trata más bien de una exposición de credo pastoral y eclesial de un hombre de profunda fe y conciencia de cómo ser pastor y padre de una Iglesia para nuestros tiempos, que trascendiendo muros, fue a las fronteras pastorales, acercándose a su querida patria plural y chilena, con las distintas circunstancias de su historia, no exenta de momentos difíciles y dolorosos para sus hijos; se aproximó a sus “hermanos cristianos separados en quienes ha surgido, por impulso del Espíritu Santo, un movimiento dirigido a restaurar la unidad de todos los cristianos. En este movimiento de unidad, llamado ecuménico”, el cardenal, como padre conciliar del Vaticano II, “promovió la restauración de la unidad entre todos los cristianos” y “los abraza con fraterno respeto y amor” (Sobre Ecumenismo, 1 y 3); reconoce, “que todos los hombres, sean o no creyentes, deben habitar en común un mismo mundo, y que todos

deben colaborar en su debida edificación... con un sincero y prudente diálogo (Ig./mundo, 21); que “procuren los católicos cooperar con todos los hombres de buena voluntad en promover cuanto hay de verdadero, de justo, de santo, de amable...” (Ap.Segl., 14). A todos, sin discriminación, sin preguntarle por su nombre, ideología o creencia, solo porque estaban sufriendo, en sus derechos humanos, se hizo su prójimo, sirviéndolos con entrañable y urgente amor, acercándoles a una manera de hacer Iglesia, según el sentir de Cristo, y discerniendo los signos de los tiempos. Por este actuar, mostrando un contenido de vida plena y de profunda vida interior, fue considerado como un padre de la patria. Yo creo que también fue y es un padre de la Iglesia.

Sin más preámbulo paso a dar más bien una exposición, que no obstante, es también testimonial.

1. “EL AMOR DE CRISTO NOS URGE”

Fue el lema episcopal de don Raúl. No un mero lema, frase y palabras. El cardenal fue testimonio del Amor urgente de Cristo. A poco tiempo de ser nombrado arzobispo de Santiago: un 24 de mayo de 1961, día de su Madre María Auxiliadora, ese amor que lo urgía, lo comencé a sentir yo en carne propia. En marzo de 1962, estando en Retiro Espiritual de comienzo de año en Seminario Mayor, fui llamado a caminar rápidamente hacia el sacerdocio, no teniendo edad canónica y, apenas, por comenzar mi 4° año de Teología en la Universidad Católica. En marzo fui subdiácono, en agosto diácono, en septiembre presbítero, con dispensa vaticana. No había que esperar más. Mi sacerdocio respondía a la urgencia del Amor de Cristo. Así se lo entendí a don Carlos González, mi rector. Ciertamente porque él lo creía así, y porque don Raúl se lo había pedido: “¿quiénes están preparados?” “Hay que responder pronto a la urgencia del Amor de Cristo”. Desde ese momento, y durante 22 años, fue testigo del amor urgente de un hombre chileno, sacerdote, obispo, cardenal y profeta del pueblo. Daré testimonio

acerca de don Raúl. No me referiré a sus obras, organismos e instituciones creadas por su luminosa mente. De eso han hablado muchos otros. Son signos de alguien que mostró su fe con obras. Me referiré al contenido que pude vivenciar en la persona del cardenal. No es algo. Es Alguien. La persona de Jesús. Palabra de Dios. Encarnación del Amor y de la Misericordia de Dios entre nosotros.

2. EL BUEN SAMARITANO. AMOR DE CRISTO QUE NOS URGE

“Bajó un hombre..., y cayó en manos de bandidos que lo despojaron de todo. Y que después de haberlo molido a golpes, se fueron dejándolo medio muerto a la vera del camino”. Y ¿quién es ese hombre despojado, molido a golpes y despojado de todo? Es la historia de la humanidad caída y empecatada. También es el desvalido, el quebrantado por los injustos, a quien con urgencia hay que: “desatar los lazos de maldad, deshacer las amarras del yugo” y a quien hay que: “dar libertad y arrancar todo yugo” (Isaías 58). Así lo entendía don Raúl: fue intransigente en la denuncia del pecado, llamando a la conversión y defendiendo a los perseguidos y oprimidos de la sociedad. Él decía: “Mi corazón siente una profunda rebeldía ante la mentira, la violencia, la injusticia, la prepotencia y la falta de respeto por los derechos humanos”; ante el pecado que está en la raíz de todos estos males; en el hombre y en la sociedad. Es imperioso que el Amor de Dios sea Encarnado. Que el Verbo se haga Hombre. Recuerdo, como el cardenal, con tanta pasión por el Reino, agregaba: “Desde el mismo momento que Dios se hizo Hombre, los derechos humanos son los derechos de Dios mismo. Y quien dice amar a Dios y no promueve y defiende los derechos humanos es un mentiroso, no ama verdaderamente a Dios”.

¿Quiénes son los que despojan, golpean y dejan medio muerto al hombre?

Otros hombres, que maltratan y privan de sus derechos al ser humano. Son los que siempre han utilizado al

pobre. A través de la historia humana ha habido gente que en la práctica, no ha considerado la dignidad de la persona humana, sus esperanzas y anhelos más profundos.

También, en la historia de humanidad, nos hemos encontrado con el “sacerdote y el levita”. Con gente, que viendo al marginado “a la orilla del camino”, que oyendo el clamor y gemido de los empobrecidos y despojados, “pasan al otro lado del camino y siguen de largo”. Son los que teniendo ojos y oídos no ven ni oyen: los peores ciegos y sordos; los que dificultan el hablar y hacerse oír a los que sufren injusticia, haciéndolos mudos: los hacen sin voz. “Cuánto desea mi corazón de pastor que se manifieste el Reino de Dios en nuestra patria, el milagro del Amor de Cristo: “Hace oír a los sordos y hablar a los mudos” (Marcos y Lucas).

Pero dijo Dios a Moisés. “He oído el clamor de mi pueblo y la opresión que padece” (Éxodo). También lo dijo don Raúl como obispo de Medellín y Puebla: “Desde el seno de los diversos países del continente está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos”. “La Conferencia de Medellín apuntaba... “Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte”. “El clamor pudo haber parecido sordo en ese entonces. Ahora es claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante” (Puebla 87-89). Citando estas palabras, estoy escuchando al Amor de Cristo que nos urge, en la persona del profeta del pueblo, de la voz de los sin voz: don Raúl Silva Henríquez.

3. DIOS SE HIZO UN HOMBRE POBRE. Y UN “CARPINTE-RO DE NAZARET”

“No hubo un lugar en la posada” para su nacimiento. Nació en un establo o en un pesebre. No nació en cuna de oro. Ni en la Capital del Imperio. Nació en Belén, un pueblo

al margen, "a la vera del camino". Es un "Dios que desde un pesebre se ha revelado a los humildes, que desde un taller se ha abrazado con los pobres... La Iglesia que represento es la Iglesia de Jesús, el Hijo del Carpintero". Y Jesús ciertamente fue un carpintero en Nazaret. Un pobre y un obrero. "Esta es su cuna y su origen". "Es la cuna y origen de su Iglesia". "Así nació y así la queremos ver siempre". Así lo expresó Juan XXIII en el anuncio mismo del Concilio Vaticano II: "La Iglesia es y quiere ser la Iglesia de todos, pero principalmente la Iglesia de los pobres" (septiembre de 1962). El cardenal del pueblo, un 1 de mayo a los obreros, refiriéndose a la Iglesia decía: "Su mayor dolor es que la crean olvidada de su cuna que estuvo y está entre los humildes. Y nosotros no queremos traicionar su origen y falsear su misión". Desde aquí surge como una verdad de nuestra fe, la "opción preferencial por los pobres" y la "pastoral obrera" de la Iglesia. Sería un escándalo del siglo, como lo diría un Papa, el olvido de la clase obrera por parte de la Iglesia. Entonces, "no es ni un capricho y un oportunismo acomodaticio ". Desde aquí, se da la universalidad de la Evangelización, desde aquí nace la espiritualidad desde abajo tan importante para buscar el Amor de Dios y la santidad de vida: desde los pobres y desde un corazón y alma de pobre.

Parodiando a don Raúl hay que decir: "Desde el mismo momento que Dios se hizo pobre y obrero, los derechos de los pobres y de los obreros son los derechos de Dios mismo".

4. Y EL VERBO SE HIZO CARNE. DIOS AMOR URGIDO SE HACE HOMBRE. SE HERMANA. SE HACE PRÓJIMO

"Pero llegó cerca de él un samaritano... lo vio y se compadeció". Se le acercó, "curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó".

"Mis queridos hijos: (Más o menos palabras de don Raúl) Dios no permaneció indiferente ante nuestra miseria y pecado, ante nuestra herida y despojo. El Verbo se hizo Carne. La Palabra de Dios se hizo Hombre. Se hizo Evange-

lio: es Jesús. No es algo, es Alguien. Es la persona de Jesús, el Hijo de Dios, verdadero Hombre. En la persona amada de Jesús hay dos naturalezas: La Divina y Humana. Dios se abrazó con la humanidad en forma indisoluble. 'Que no separe el hombre lo que Dios ha unido'. Y no hagamos, de nuestra vida cristiana una dicotomía". El Dios que en Jesús se revela, es humano. Y el hombre que en Jesús y por Jesús se manifiesta, es divino. Es nuestra experiencia cristiana.

"El Amor de Dios se urgió. Dios se aproximó a nosotros. Jesús se hermanó con nosotros". "No consideró indigno hacerse uno de nosotros". "Es el Buen Samaritano, que al ver nuestra humanidad caída, se baja", "se bajó de su cabalgadura", "la vio y se compadeció": comenzó a "padecer con" y a ser misericordioso "y curó sus heridas con vino y aceite y se las vendó" eficaz e integralmente: "es el Sacramento de nuestra fe", "a todo el hombre y a todos los hombres" (Pablo VI).

Por tanto, es hermano y prójimo verdadero aquel que se aproxima al hermano. Es solo teoría decir que todos los seres humanos son mis hermanos y prójimos. ¿Cómo lo van a ser si yo no me acerco, si no me aproximo y hermanó? ¿Si no muestro con obras al hermano mi fe?

No podemos ser como el levita y el sacerdote. No podemos, ante la urgencia del Amor de Cristo, lavarnos las manos como Poncio Pilatos. A la manera de Jesús debemos asumir el conflicto de la vida de nuestra humanidad.

5. NO HAY AMOR MÁS GRANDE QUE ESTE: DAR LA VIDA POR LOS QUE SE AMA. ES JESÚS EUCARÍSTICO EN EL ARA DE LA CRUZ Y EN EL ARA DEL ALTAR

"Después lo puso sobre la misma cabalgadura que él montaba, lo condujo a la posada y se encargó de cuidarlo". Jesús asumió el conflicto de la humanidad herida por el pecado individual y social. A todo y a todos los puso, cargándolos en su Cruz. Curó las heridas crucificándolas y

haciéndolas morir en su propia muerte de Cruz. Cristo amó a su Padre y a nosotros “siendo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz”. Lo entregó y lo dio todo. No se guardó nada para sí. Entregó su Cuerpo y derramó su Sangre. Se entregó como Pan de Vida y Bebida de Salvación. El único bien material: su túnica, fue sorteada al pie de la Cruz entre sus victimarios. “No hay amor más grande”. Este es el Amor de Cristo que nos urge: Amar a Dios con todo y al hermano como Jesús lo amó. Es el Amor de Jesús Eucaristía, que le da sentido e identidad al sacerdocio ministerial del Sacramento del Orden y al sacerdocio de los fieles. “Hagan esto en memoria mía”. “Les doy un mandamiento nuevo: Ámense unos a otros como yo los amé”. “Según tu parecer, ¿cuál de estos tres se portó como prójimo de hombre que cayó en manos de los salteadores?”... “El que se mostró compasivo con él. Y Jesús le dijo: ‘Vete y haz tú lo mismo’. ‘Ite Missa Est’. El Amor de Cristo con su Muerte venció a la muerte. Es más fuerte. Resucitó al tercer día, y nos sacó a nosotros de muerte a vida: nos hace resucitar y tener esperanza de vida eterna. ‘Anunciamos tu Muerte, proclamamos tu Resurrección. ¡Ven, Señor, Jesús!’”.

6. EL BUEN SAMARITANO: JESÚS EUCARISTÍA ES LA CRIVILIZACIÓN DEL AMOR SOLIDARIO

Este Amor de Cristo que nos urge. Este Jesús Crucificado. Que lo entrega todo y no se guarda nada para sí. El Cuerpo entregado como Pan de Vida y la Sangre derramada como Bebida de Salvación, es la antípoda del “capitalismo salvaje” de nuestra sociedad: acapara la riqueza en pocas manos privadas y foráneas, hace la escasez en millones de pobres con sus manos encallecidas por trabajo de explotación, propia de una sociedad centrada en el tener, y no en la persona humana, la cual es considerada como una vulgar herramienta de producción: ¡No es humano, no es cristiano! Produce el “pecado social” en el mundo, denunciado muchas veces por nuestro cardenal Raúl. Urge el Amor de Cris-

to: la civilización del amor y de la solidaridad. La Pastoral de la Solidaridad está en la línea de la Evangelización de liberación de “todo el hombre y de todos los hombres”. No es una Ayuda Fraternal solamente.

“Pedro y Juan subían al Templo para la oración... Había allí un hombre tullido de nacimiento, al que llevaban y ponían todos los días junto a la puerta del Templo... para que pidiera limosna a los que entraban. Cuando Pedro y Juan estaban por entrar al Templo, el hombre les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se fijó en él y le dijo: ‘Míranos’. El tullido los observaba esperando recibir algo. Pedro... le dijo:... lo que tengo te lo doy: ¡Por el nombre de Jesucristo de Nazaret, camina! Y lo tomó de la mano derecha y lo levantó... de un salto se puso de pie y caminó. Entró con ellos al Templo andando... y alabando a Dios” (Hechos, 3, 1-8). Estaba liberado. La liberación es integral. Ya no tiene que ir más a la puerta del Templo a pedir limosna y ayuda. Ahora se vale por sí mismo. Será sujeto de su historia y no objeto de ayuda dependiente. Es como dice nuestro pueblo: “no basta con dar pescado, hay que aprender y saber pescar”. “Anda y haz tú lo mismo”.

7. LA EVANGELIZACIÓN, MISIÓN DE JESÚS, ES LA MISIÓN DE SU IGLESIA

Jesús es el misionero. Es el enviado del Padre: “Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo Único. No para condenar al mundo, sino para salvarlo”. Es el Buen Samaritano.

“Debo anunciar también a las otras ciudades la Buena Nueva del Reino de Dios, porque para eso fui enviado. E iba predicando en las sinagogas” (Lucas 4, 43). Fiel a su misión, vino al mundo, haciendo su éxodo. Este éxodo misionero fue permanente y constante. Salió de su lugar: “se bajó de su cabalgadura... se acercó hacia otros lugares y personas, pues, para eso había sido enviado”.

Cristo se aplica a sí mismo las palabras del profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres, para anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver, para despedir libres a los oprimidos y para proclamar el año de la gracia del Señor”.

“Proclamar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuestas por Dios, tal es la misión para las que Jesús se declara enviado por el Padre” (EN. 6). Toda su vida es Evangelización, desde su misma Encarnación hasta su Cruz, Muerte y Resurrección. “Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena”. “Anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado... y se logra en forma definitiva por su muerte y resurrección pero debe ser continuada pacientemente a través de la historia hasta ser plenamente realizada el día de la Venida final del mismo Cristo” (EN 7-9).

Lo condujo hacia la posada y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente sacó... denarios y se los dio al posadero, diciéndole: “Cúidalo. Lo que gastes de más yo te lo pagaré a mi vuelta”.

Lo conduce a la Iglesia. Así se lo escuché a don Raúl. Le escuché, además, que él “se encargó de cuidarlo toda la noche” significando la presencia siempre activa de Jesús en la Iglesia. Que no significaba que Jesús estaba solamente en la “Barca”, que también estaba en el “lago tormentoso” del mundo secular, al que también Jesús fue enviado. Que quedaba caduco el dicho: “Fuera de la Iglesia no hay salvación”. Que en el mundo también se estaba, dando constantemente, la Pascua de Cristo. Que en él había signos de muerte y signos de vida. Que se pasaba de muerte a vida. Que había

que hacer un éxodo, desde dentro de la Iglesia hacia el mundo secular. Que lo importante era tener fe en el que me envía a “caminar sobre el lago” y tener valor y no “empezar a hundirme ante las fuertes olas del lago, como Pedro”.

Esto me gustaba mucho, pues, soy del clero secular, y Jesús Sacerdote es el fundador, mística y espiritualidad del clero secular o diocesano, formado para encarnarse en el “seculum”, en el siglo: en el mundo todo. Y acuñando a Pablo VI diré: Para Evangelizar “a todo el hombre y a todos los hombres”, “a todos los ambientes de la humanidad y, con influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad”; “He aquí que hago nueva todas las cosas”, “Nada de la experiencia humana es extraña a la Evangelización”. “El gozo y esperanza, las lágrimas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, especialmente de los pobres, son los gozos y esperanzas, las lágrimas y angustias de los discípulos de Cristo” (*Gaudium et Spes*).

Pero la Evangelización y la Misión de Jesús es entregada a la Iglesia. “Quienes acogen con sinceridad la Buena Nueva, mediante tal acogida y la participación en la fe, se reúnen pues en el nombre de Jesús, para buscar juntos el reino, construirlo, vivirlo. Ellos constituyen la Iglesia de Jesús, pero que Ella es a la vez Evangelizadora. “Queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia” (EN.14) “La Iglesia nace de la acción evangelizadora de Jesús y de los Doce”. Es un fruto normal, deseado, el más inmediato y visible: “Id, pues, enseñad a todas las gentes”. “Ellos reconocieron la gracia y se bautizaron, siendo incorporados (a la Iglesia) aquel día unas tres mil...”).

“Cada día el Señor iba incorporando a los que habían de ser salvados” (EN. 15).

La dinámica del envío de Cristo a su Iglesia a Evangelizar la hace vivir siempre un éxodo. La Iglesia no está hecha para centrarse en sí misma. Debe salir de sí misma a Evangelizar. Es la Misión primordial de la Iglesia.

Llegando don Raúl a Santiago, a poco andar, en pleno Vaticano II, puso a su Arquidiócesis en estado de misión. Fue la Misión General de 1963. El cardenal Raúl, en sus Memorias dice: “El estado de misión, pues, fue declarado formalmente a través de este Plan (se trata de Plan Pastoral)... Por él se quería crear un movimiento centripeto, para fortalecer la formación pastoral de los hombres de Iglesia, y un movimiento centrifugo, hacia el mundo que se construía, comprometiendo fuertemente a los cristianos a través de todos los medios disponibles”.

Recién ordenado participé activamente en la Misión General. Desde esa vivencia misionera quedé impregnado de la Parábola del Buen Samaritano, a pesar de que su contenido, para algunos, fue motivo de ciertas imputaciones. El mismo cardenal lo recuerda: “recibí otra carta, esta vez del Santo Oficio, con una firma ininteligible, en la que se me planteaban fuertes acusaciones sobre los resultados parciales que estaba teniendo la Misión General... Se decía que la Misión... sus contenidos eran motivo de escándalo... que el Sermón del Buen Samaritano había sido empleado con intencionalidad política”. Siempre lo mismo, el tabú de la “política”. Por supuesto, de la política mal entendida y caricaturizada. Con don Raúl y la *Evangelii Nuntiandi*, encarnada por él, en su labor pastoral, comprendí que la política es un contenido que debe ser asumido por la Evangelización. Desde la Misión General se insistió en la importancia pastoral prioritaria de las Comunidades Cristianas y el rol protagónico del laico en una Iglesia de Comunión y Participación.

Todo refrendado posteriormente en Conferencia de Puebla.

A. COMUNIÓN Y PARTICIPACIÓN

“Dios nos llama en América Latina a una vida en Cristo Jesús. Urge anunciarla a todos los hermanos. La Iglesia evangelizadora tiene esta misión: predicar la conversión, liberar al hombre e impulsarlo hacia el misterio de comunión

con la Trinidad y de comunión con todos los hermanos, transformándolos en agentes y cooperadores del designio de Dios". "Cada bautizado se siente atraído por el Espíritu de Amor, quien le impulsa a salir de sí mismo, a abrirse a vivir en comunidad. En la unión entre nosotros se hace presente el Señor Jesús resucitado que celebra su Pascua en América Latina".

B. COMUNIDADES CRISTIANAS

"Veamos cómo el don maravilloso de la vida nueva se realiza de modo excelente... en pequeñas comunidades... que hacen presente y operante el designio salvífico del Señor, viviendo en comunión y participación".

"Se comprueba que las pequeñas comunidades... crean mayor interrelación personal, aceptación de la Palabra de Dios, revisión de vida y reflexión sobre la realidad, a la luz del Evangelio; se acentúa el compromiso con la familia, con el trabajo, el barrio y la comunidad local. Señalamos con alegría, como importante hecho eclesial particularmente nuestro y como 'esperanza de la Iglesia' (EN. 58), la multiplicación de pequeñas comunidades. Son ambiente propicio para el surgimiento de los nuevos servicios laicales"... "crece la experiencia de... un compromiso mayor con la justicia en la realidad de sus ambientes". Las comunidades en unión con sus pastores son base indispensable de la Iglesia. "Los cristianos unidos en comunidad eclesial de base, fomentando su adhesión a Cristo, procuran una vida más evangélica en el seno del pueblo, colaboran para interpelar las raíces egoístas y consumistas de la sociedad y explicitan la vocación de comunión con Dios y con sus hermanos, ofreciendo un valioso punto de partida en la construcción de una nueva sociedad, la civilización del amor" (Puebla, 563, 564, 565, 617, 629, 640, 642). "Como pastores queremos decididamente promover, orientar y acompañar las Comunidades Eclesiales de Base, según el espíritu de Medellín (Pastoral de conjunto, 10) y los criterios de la *Evangelii Nuntiandi* 58; favorecer el des-

cubrimiento y la formación gradual de animadores para ellas. Hay que buscar, en especial, cómo las pequeñas comunidades... puedan adecuarse... a la pastoral de las grandes ciudades de nuestro continente” (Puebla, 648).

C. LAICOS EN LA VIDA DE LA IGLESIA

“Reconociendo en el seno de la Iglesia... una toma de conciencia creciente de la necesidad de la presencia de los laicos en la misión evangelizadora, estimulamos a tantos laicos, que mediante su testimonio de entrega cristiana, contribuyen al cumplimiento de la tarea evangelizadora y a presentar el rostro de una Iglesia comprometida en la promoción de la justicia en nuestros pueblos”. “La situación de desigualdad socioeconómica, que afecta a las masas populares, con fenómenos de opresión y marginación creciente, es un desafío a la conciencia de nuestros laicos”.

En la Iglesia, como aspecto de la situación laical, se ubica “la progresiva ganancia en confesadas aspiraciones por promover estructuras de diálogo, de participación y de acción pastoral de conjunto, expresiones de una mayor conciencia de pertenencia a la Iglesia”.

“Asimismo, la efectiva promoción del laicado se ve impedida muchas veces por la persistencia de cierta mentalidad clerical en numerosos agentes pastorales, clérigos e incluso laicos”. El laico tiene un rol fundamental en la Iglesia y el Mundo. “Por el bautismo y la confirmación está incorporado a Cristo, haciéndose miembro activo de la Iglesia. A su modo participa de la función sacerdotal, profética y real de Cristo y la debe ejercer en su condición propia. El laico por coherencia y fidelidad con su propio ser, tiene identidad de hombre de Iglesia en el corazón del mundo y de hombre del mundo en el corazón de la Iglesia”. Es un vaso comunicante que irriga desde y hacia ambas realidades. El laico por vocación se ubica en la Iglesia y en el Mundo. “Pero es en el mundo donde el laico encuentra su campo específico de

acción"... "el laico tiene la responsabilidad de ordenar las realidades temporales para ponerlas al servicio del Reino de Dios". "Entre estas realidades temporales no se puede dejar de subrayar con especial énfasis la actividad política. Esta abarca un amplio campo, desde la acción de votar, pasando por la militancia y el liderazgo en algún partido político, hasta el ejercicio de cargos públicos en distintos niveles"... "los laicos no pueden eximirse de un serio compromiso en la promoción de la justicia y del bien común, iluminados por el Evangelio y por la Doctrina Social de la Iglesia..." "Para el cristiano no basta la denuncia de las injusticias, a él se le pide ser en verdad testigo y agente de la justicia". Los laicos a medida que su participación en la vida de Iglesia va creciendo y tomando conciencia del rol de esta en el mundo, tienen el derecho de recibir una sólida formación humana y formación doctrinal, social y apostólica. A su vez, el laico por su experiencia y compromiso en la transformación de la sociedad y del mundo secular, debe aportar al conjunto de la Iglesia.

Por su condición propia de laico es importante en su formación una espiritualidad y mística apropiada: "Que el laico no huya de las realidades temporales para buscar a Dios sino que persevere, presente y activo, en medio de ellas y allí encuentre al Señor". Tiene que tener una inspiración de que el Amor de Cristo lo urge. Debe llenarse del Señor por medio de la Palabra, los sacramentos y la oración. Eso los hará coherentes y valientes en su compromiso y acción de promotor de la justicia como cimiento de una paz verdadera.

Ahora bien, los laicos también pueden sentirse llamados a colaborar en el servicio directamente pastoral en la Iglesia, ejerciendo diversos servicios pastorales. "La diversidad de formas organizadas del apostolado seglar exige su presencia y participación en la pastoral de conjunto, tanto por la naturaleza misma de la Iglesia, misterio de comunión de diversos miembros y ministerios, como por la eficacia de

la acción pastoral con la participación coordinada de todos”: de nuevo la Comunión y Participación. Y aquí citamos algo muy importante, para ser tomado en cuenta por los laicos y especialmente por los sacerdotes: “Se requiere la participación del laicado no solo en la fase de ejecución de conjunto, sino también en la planificación y en los mismos organismos de decisión”. El laico, varón y mujer, no son meros ejecutivos del sacerdote. Tienen poder de decisión en la marcha pastoral de la Iglesia. (Puebla, 777, 781, 782, 784, 786, 789, 791, 793, 794; 795, 799, 804, 807-808).

Nos queda: “sacó denarios, se los dio al posadero y dijo: ‘Cuida de él y si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva’...”. Jesús junto con entregar la misión a la Iglesia, le entrega denarios para poder cumplirla. ¿Cuáles son? Ya hemos hablado de ellos a través de mi exposición testimonial de contenido pastoral de don Raúl. Ahora solo enumeraré algunos de ellos:

La Trinidad hasta la consumación de los siglos.

Evangelio, la Palabra de Dios.

El Don de la Caridad Urgente.

La Madre, María Auxiliadora.

La Iglesia misma.

La Eucaristía y los Sacramentos.

El Sacerdocio.

La Oración.

El Laico.

La Comunidad Cristiana de Base.

La Comunión y Participación.

La Pastoral de la Solidaridad.

La Pastoral Obrera.

Concilio Vaticano II.

Medellín y Puebla.

La Evangelización en el mundo contemporáneo (EN).

El cardenal del pueblo, don Raúl.

Termino con la Eucaristía que le da sentido e identidad a la vida del sacerdote: "Hagan esto en memoria mía". "Les doy un mandamiento nuevo: Ámense unos a otros como yo los amé". "No hay amor más grande". "Ite Missa Est". Viene de "mittere": enviar a misión. "Anda y haz tú lo mismo". Gastemos de más en esta hermosa tarea encomendada. El Señor, cuando vuelva, nos pagará con creces: "Anunciamos tu Muerte. Proclamamos tu Resurrección. ¡Ven, Señor, Jesús!

"Cardenal del Pueblo": Gracias. Demos Gracias a Dios. Raúl Amigo, Eugenio está contigo".

Dado el 22 de septiembre de 2009. A 47 años de mi ordenación sacerdotal, "imponiéndome las manos" mi arzobispo cardenal Raúl Silva Henríquez (22.9.1962-22.9.2009).

Testimonio del padre Cristián Precht Bañados

Vicario General de Pastoral

Texto publicado originalmente en el libro: *"La Patria Anhelada"*

Cardenal Raúl Silva Henríquez en la senda del Bicentenario.

HACIA EL BICENTENARIO: LA URGENCIA DEL AMOR

El centenario del natalicio del cardenal Raúl Silva Henríquez ha terminado y con él se esfuman las palabras y quedan los memoriales. Su nombre fue pronunciado con admiración, con emoción, con entusiasmo, con reverencia, como quien quisiera traspasar los cielos y hacerle llegar la gratitud de cientos y de miles al lugar donde en verdad vive para siempre, al lado del "buen Dios", esperando el día de la Resurrección. Y, en esta tierra, junto a nosotros, queda el cardenal vivo en su persona, en su obra, en su espiritualidad. Y vivo en el corazón de tantos que gozamos de su cercanía, tan cercana como para que le exigiéramos aún más mientras era nuestro obispo, y agradecerle tanto más con el paso del tiempo que agiganta su estatura.

¿Cuál fue la clave de su vida, cuál es su legado?

La pregunta se repite incesantemente por quienes quisieran penetrar el misterio de su vida y, tal vez, proyectar su memoria de cara al bicentenario de la patria. Y no cabe duda que la clave de su vida está en la urgencia del amor: del amor a Dios, del amor a la Iglesia, del amor a la patria, del amor a su tiempo. Y todos esos amores, convergiendo en su amor ineludible por los pobres, por los jóvenes, por el derecho y la justicia.

No se entiende don Raúl sin el amor al Dios de Jesucristo por quien entregó su vida desde siempre, consagrando-

le cada acto de su vida. Un amor exigente y virginal. Un amor devoto que nunca dejó de invocarle. Un amor que no dejó espacio a componendas. Era la Misa diaria y el santo Rosario, eran las páginas de su libro de oraciones –el Libro de las Horas– que lo mantuvo siempre abierto, hasta el final de sus días, aunque a veces ya no entendiera todo lo que leía...

Con el Señor Dios tuvo conversaciones íntimas y públicas imprecaciones que le arrancaban a él y sus auditores lágrimas entrañables, al ser testigos de esos alegatos que él se permitía en medio de sus homilias. Esa es la clave de su vida.

Pero también es clave el amor por la Iglesia a la que entregó su vida en la Congregación salesiana, enamorado de Don Bosco, figura que cautivó sus amores juveniles. Se soñó educador y sobre todo padre de juventudes. Y lo logró de manera admirable en el Teologado, en el Colegio Arriarán de La Cisterna y a través de las muchas obras que hizo en bien de los jóvenes, recibiendo de abuelo en la Aldea de Niños de Punta de Tralca.

La Iglesia madre puso en él su mirada, le abrió camino, lo dejó actuar con la urgencia de su amor y lo fue llamando a responsabilidades cada vez mayores, hasta crearlo cardenal de la Iglesia romana. Honores, pensará más de alguien. El diría “responsabilidades” y, vivido desde la fe, cruces pesadas de llevar como lo hizo su Maestro, el Señor Jesús, sin jamás dejar de cumplir estrictamente sus deberes. De esta vida y ministerio, grande y generoso, se vio favorecida su querida Iglesia de Santiago que tuvo el privilegio de tenerlo diecisiete años como su pastor. Así fue como destacó en el Concilio, en Puebla y Medellín. Así fue reconocido por las Iglesias hermanas de EE.UU. y de Europa, y en tanto Honoris Causa por las Universidades Católicas que destacaron su figura.

Amado y discutido, en el Concilio. Amado y discutido en su patria. Amado y discutido en su Iglesia. Es que la sinceridad en los labios unida a la urgencia del amor lo

llevaron a decir muchas verdades –franco el cardenal– y a emprender una cantidad incontable de obras que rebasaban los estilos y las tradiciones. Todo por la urgencia del amor. No podía ver una necesidad que no quisiera remediar ahora ya... No era de los que dejaba para mañana lo que pudiera hacer hoy día. En esto de la causa del amor era impaciente, así como podía ser paciente con las personas que lo rodeamos y con nuestros titubeos.

Pocos, muy pocos, son los sectores de nuestra sociedad que no recibieron algo de su pensamiento profundo y de su mano generosa. Desde luego lo recibieron los niños sin hogar, los jóvenes pobladores y universitarios, las familias que recibieron sus viviendas, los ancianos que tenían oportunidad de descansar en Punta de Tralca. Lo recibieron los migrantes, los perseguidos y los refugiados, y un largo etcétera imposible de cuantificar aunque no de cualificar, en que habría que poner en un lugar de honor a los obreros y trabajadores del mundo sindical así como a los académicos que en él encontraron decidido apoyo.

Ah... y Chile... Chile era una palabra que estaba grabada en el fondo de su alma. De ahí que al hablar del alma de Chile podía escribir su propio autorretrato: “el primado de la libertad ante toda forma de opresión, el primado del orden jurídico sobre todas las formas de anarquía y arbitrariedad, y el primado de la fe sobre toda forma de idolatría”. Lo leyó en la historia. Lo expresó con maestría. Citó a más de un pensador del alma nacional... Pero en el fondo, es la convicción de quien escribe, el alma de Chile era el fiel retrato de su alma maulina, de la tradición de su familia, de sus estudios de derecho y de su corazón enamorado. En el alma del cardenal Silva no había espacio para la arbitrariedad para la falta de libertad, no había espacio para la injusticia ni para la idolatría, males que, aunque transitan por nuestra historia, no la constituyen.

Él ama la naturaleza de Chile, y la describe con poesía en sus escritos y homilías, pero sabe muy bien que la mayor

belleza y riqueza de la patria está en su gente. Y al servicio de esta gente pone sus mejores energías en los años tan complejos en que hubo de ejercer su ministerio episcopal. Nuevamente, la urgencia del amor...

Él no concibe, ni puede concebirlo, que haya enfrentamiento entre chilenos: ni el enfrentamiento ideológico de los años sesenta, ni el enfrentamiento armado de los setenta, ni el espectro de una guerra en los ochenta. Y en todos esos tiempos, y en todos esos frentes, ni calla ni se rinde. Siempre busca el diálogo, la mediación, el reencuentro. Da la cara y pone la otra mejilla cuando lo critican o lo insultan. Él nunca deja de abogar por la libertad y el derecho, por la justicia y la solidaridad, que con lucidez considera componentes esenciales de la paz, y los componentes del alma de su patria tan amada.

Y donde su amor se hizo intransigente fue en la defensa del derecho cuando en Chile se quebró la convivencia. La defensa de los perseguidos, la dignidad de los recluidos, la causa de los exiliados y de los tristemente detenidos y desaparecidos. Clamó, intercedió, se hizo voz de los sin voz y Samaritano de los caminos. De ahí el Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad que le valdrían reconocimientos de Estado y de las Naciones Unidas. En esos días tan dolorosos se agigantó su figura y su voz resonó con una fuerza que ni él mismo sabía que tenía. Pero, a la vez, la mano rendida, el pastor que no quería romper los puentes, el hombre siempre dispuesto a dialogar, con franqueza, con respeto, con luminosa claridad. Los que no lo entendieron en el tiempo tuvieron la hidalguía de ir a darle un postrer homenaje a la hora de su muerte, silenciosa, retirada. Y nuevamente su persona fue aclamada, vitoreada, llevada en andas por la gente de su pueblo.

Es la urgencia del amor que los pobres sintieron tan cercana que, a pesar de su presencia adusta que no prodigaba abrazos ni sonrisas, siempre lo sintieron suyo, cercano, hermano, defensor, amigo... exactamente "Raúl, amigo"

estrenando con él esa consigna. Y tenían toda la razón. La razón del pueblo herido de tantas postergaciones que en él encontraban a un abogado de su causa, a un intrépido gestor de respuestas a sus necesidades. Le sacaron más de una lágrima genuina y fueron la razón de muchas de sus posiciones, amadas y discutidas, como la Reforma Agraria, su apoyo al movimiento y tanta obra de amor urgente estampada en el libro que ahora epilógamos.

Ahora que se acerca el bicentenario de la patria es importante volver la mirada hacia estos personajes inmensos que con su vida escribieron páginas inéditas e imborrables de nuestra historia nacional. El Chile de hoy es diferente al que le tocó vivir el cardenal. Pero, ¿será tan diferente al de los cambios que vivimos entre la revolución en libertad, el camino al socialismo, el culto por la seguridad nacional, la democracia restaurada.

Sí, claramente hay diferencias culturales profundas. Nos ha ganado el consumismo que en su tiempo se insinuaba y nuestra democracia es política pero no tan participativa. La sociedad parece más secularizada, por lo menos, en lo que hace noticia, pues en su alma profunda las grandes mayorías expresan su fe en Cristo o, a lo menos, en Dios. Y quizá lo más duro es que prevalece el bien particular sobre el bien común, por eso estamos carentes de un "proyecto país" que haga relucir el alma de Chile en medio de estos tiempos. Se discute la toma del poder pero falta la mesa donde soñar la patria que juntos podamos construir. Eso le dolería mucho al corazón magnánimo de don Raúl.

Alguien ha sugerido que el Bicentenario es un tiempo adecuado para una "refundación" de la patria, en los valores de siempre encarnados en el país diferente de doscientos años después. Sea como fuere, que no le falte el amor, ese del que hizo gala el cardenal, sobre todo con los pobres y postergados que, hoy como ayer, con otros rostros y otras situaciones deberían ser objeto de nuestro mayor desvelo. Y que no le falte la inspiración de este gran pastor que, en tiempos de desencuentro nos recordó, siempre con urgencia:

“Chile tiene su alma. Cataclismos naturales, potentes apetitos foráneos, guerras externas y largas noches de interna disensión, hasta el odio; pobreza, sufrimiento –el sufrimiento más terrible de todos– no amar al hermano, no han podido arrebatarse a Chile su alma”.

“Y en esta hora nos estremece también la esperanza. Chile quiere seguir siendo Chile. Chile anhela empezar otra vez, estar como antes, como siempre, a la cabeza del Reino de los grandes valores; pequeño y limitado, tal vez, en su potencia económica; grande y desbordante en su riqueza de espíritu. Un formidable ímpetu de reencuentro y reconciliación surge y quisiera imponerse entre nosotros: reencuentro con nuestro ser original, reconciliación con nuestra tarea y destino, y con todos aquellos que por sangre y espíritus caminan con nosotros”.

“Esta afirmación imperativa de nuestra propia identidad se dejará solamente encontrar en la fidelidad a nuestra tradición”. (Te Deum, 18 de septiembre de 1974).

Entonces como ahora, “Caritas Christi urget nos”... “la Caridad de Cristo nos urge”, es la clave más profunda de su sueño de Chile, el lema del cardenal Raúl.

Su secreto fue vivirlo hasta su último suspiro.

La primera palabra que me brota espontánea es la palabra bendición. Y bendigo a Dios de todo corazón porque en el señor cardenal un gran profeta ha visitado su tierra.

Visionario y precursor, sobrio y generoso, tímido y tenaz, hombre de acción y de oración, prudente y audaz, fuerte, tierno, delicado, este varón que hace confianza y se rodea de colaboradores tan diferentes, nos deja la imagen de un sacerdote cabal, un obispo del tercer milenio, un pastor que defiende a su pueblo y que es capaz de clamar y de llorar, ¡un hombre! Todo un hombre. ¡Bendito sea Dios!

Ningún discípulo puede ser más que su Maestro...

Si al Maestro lo llamaron Beelcebub, a este discípulo también. Pero nunca sacó la voz para defender su honra. Prefirió consagrarla a los sin voz.

Si al Maestro lo crucificaron, a este discípulo también. Pero nunca se quedó en la queja ni tuvo espacio su corazón para guardar la ingratitud. Fue más bien el hombre del perdón sincero y del olvido generoso.

Si al Maestro los niños, con su pureza incontaminada, lo rodeaban con afecto, a este discípulo también. Y él sigue imponiendo manos y repartiendo bendiciones a estos pequeños que marcaron su vocación de salesiano.

En este discípulo tan amado hemos visto el rostro del Señor con la misma claridad con que lo enseñó con su palabra, y en la humildad con que reconoció sus limitaciones.

Lo hemos visto, también, en la creatividad con que ha realizado el lema de su episcopado "el amor de Cristo nos urge". Que lo digan, si no, los miles y miles que recibieron el testimonio de su amor solidario.

Reviso estas líneas y mi corazón me dice que nada he dicho de todo lo que quisiera agradecer. Y me llama la atención que, tal como casi todos los testigos de este libro, he escrito en pasado, cuando don Raúl aún está presente. Por eso, gracias, don Raúl. Muchas veces, muchas gracias.

Sé muy bien que ya no podrá leer estas líneas.

Pero veo sus ojos maduros por tanto amor, tanto dolor y tantos años. Veo su breviario abierto de sacerdote intercesor. Veo su alma limpia y la ternura que aflora más segura con el paso de los años. Veo a mi padre tan querido siguiendo el curso de su historia y el tiempo que Dios le quiera dar...

Lo veo y sé que, aunque no lea estas páginas, sentirá la admiración, la gratitud, el cariño y volverá a hacer lo que siempre hizo y jamás ha olvidado: volverá a ofrecer su

bendición de hombre de Dios a los jóvenes, a los pobres, a su querida Iglesia de Santiago y a esta patria de Chile que ha amado.

Santa Fe de Bogotá

Testimonio del padre

Leonardo Santibáñez M., sdb

Padre inspector de la Congregación Salesiana en Chile

MIS RECUERDOS DEL CARDENAL RAÚL

Muchas personas recuerdan al cardenal Raúl por su actuación pública en importantes circunstancias de la vida de la Iglesia y de la nación y su valiente defensa de los derechos humanos. Mis recuerdos, en cambio, son de mi niñez y primeros años de vida religiosa y se centran en un aspecto de la vida del cardenal que sale a la luz especialmente en sus últimos años de vida, cuando gozaba en la compañía de los niños de las Aldeas SOS de Punta de Tralca, que actualmente lleva su nombre. Y es su especial cariño por los más pequeños que lo caracterizó como salesiano.

Cuando cursaba las preparatorias en el colegio salesiano Manuel Arriarán Barros de La Cisterna, existía la costumbre de llevarnos a todos para la celebración de la Eucaristía el primer viernes de cada mes y por supuesto el jueves anterior nos llevaban para que nos confesáramos al templo Don Bosco. Venían varios confesores del colegio y del seminario salesiano vecino para ofrecernos el perdón. El entonces P. Raúl era el confesor preferido de nosotros los niños que hacía poco tiempo habíamos hecho la Primera Comunión. En esa época preconiliar, este sacramento nos producía mucho temor, pero el P. Raúl expresaba con su bondadosa actitud la paternal acogida del Dios Buen Pastor hacia nuestros infantiles pecados.

Recuerdo la triple fila que se formaba frente a su confesonario en comparación con las más modestas ante otros

venerables confesores. Este cariñoso estilo de acogida al penitente ha marcado también mi propia vida como confesor.

Otro momento en que aprecié su profunda sensibilidad fue algunos años más tarde, cuando en una lluviosa mañana de invierno del año 1961 vino a despedirse de nosotros, seminaristas salesianos de Quilpué, porque después de un par de años como obispo de Valparaíso, era trasladado a Santiago como arzobispo. Celebró la Eucaristía con nosotros y lloró amargamente pensando tal vez en Valparaíso, su primer amor como obispo, o tal vez previendo el difícil futuro que le tocaría enfrentar en Santiago.

Muchos años después demostró estos mismos rasgos de profunda humanidad al referirse a los pobres que no tenían una vivienda digna que les permitiera a los esposos expresarse libremente su amor o al saludar con conmovedoras palabras a los detenidos en el Estadio Nacional. Esto obedecía a su salesiana convicción de la centralidad del cariño en las relaciones humanas.

Testimonio del padre

Luis Eugenio Silva Cuevas

Ex secretario privado del cardenal Silva
Texto aparecido originalmente en el libro:

"Caritas Christi Urget Nos".

90 años del cardenal Raúl Silva Henríquez.

REMEMORANZAS

Son muchos los motivos, y de variada naturaleza, que me harán estar siempre agradecido del cardenal Raúl Silva Henríquez. Fue mi obispo desde que entré al Seminario y de él recibí todas las Ordenes Sagradas. Su reciedumbre en la fe me marcó, como también su viril personalidad. Me distinguió con su afecto, creyó en mí, y pensando en que mi ministerio debía desarrollarse también en campo intelectual, me envió a estudiar a Roma.

Por más de doce años me hizo su secretario privado. Lo vi presentar su renuncia al Papa, lo acompañé en el inicio de su retiro arzobispal, y pude experimentar cómo se alejaron de él muchos que se decían sus amigos, sin queja alguna de su parte. Durante todos estos años pude ser algo más que su secretario pues me deparó su amistad y confianza y, generosamente, me permitió conocer la centralidad de la arquidiócesis, y de Roma, experiencia que me hizo vivir la realidad Iglesia-Santa-Pecadora. Me abrió al mundo laical de poderosos y sencillos, mediante sus viajes, y mis horizontes rompieron la estrecha barrera, a veces prejuiciosa, de nuestro mundo clerical. Por todo ello le estoy y estaré agradecido para siempre. ¿Qué vi en él en los años que la Providencia me permitió estar junto a su persona?

Ante todo a un sacerdote y a un hombre que busca ser padre y comprender a su grey para guiarla según los dicta-

dos de su conciencia. Fe sólida y caridad ardiente en la figura del pastor. Misa, meditación, lectura espiritual, rosario y devociones marcaban su día desde el amanecer hasta su retiro a descansar. Su formación salesiana lo marcó y su amor por los hermanos de congregación lo llevó a visitarlos con afecto y cariño en sus viajes al extranjero. Amaba a los pobres y por ellos se sacrificó y batalló por promover su evangelización y sus derechos. Así surgieron instituciones varias, pues sintiéndose obispo del Vaticano II y fiel a la tradición, creía que la fe debe iluminar todo el quehacer humano. No todos lo entendieron y algunos abusaron de su buena fe y confianza. Tal vez su virtud humana más importante fue también su defecto. Tenía fe en las personas y se entregaba a ellas sin vacilar, confiando a veces demasiado. Lo vi preocupado por reorganizar la arquidiócesis y por fundar parroquias y capillas. El mundo requería de la presencia de Cristo Sacramentado y de la maternal presencia de María.

No estoy haciendo un panegírico rectilíneo del cardenal. El también tiene defectos. Su carácter es fuerte y puede, sin pretenderlo, ser seco y a veces rudo. Así es el temperamento que heredó de su familia, los orgullosos Silva de Talca y de la Estacada. Pero luchaba contra esa tendencia. Fue un gran señor y, si bien su casa era sencilla, su mesa lucía generosa y bien servida: "El cardenal debe atender bien en su casa a todos", repetía con frecuencia.

Viajó mucho, pero sus giras estaban siempre motivadas por la búsqueda de medios para llevar a cabo sus empresas, algunas no entendidas incluso por sectores del mismo clero. Experimentó éxitos, fama y el aplauso popular, como también comprensión, dolor y traición. Pero nunca se quejó y jamás denunció a quienes le dieron la espalda a pesar de deberle tanto, como tampoco sacó dividendos personales de sus logros pastorales y de su popularidad. Dios lo ha probado con una larga enfermedad que lo purifica para su definitivo encuentro con Él.

Testimonio del padre René Vio V.

Texto aparecido originalmente en el libro:

"Caritas Christi Urget Nos".

90 años del cardenal Raúl Silva Henríquez

COMPARTIENDO CON EL CARDENAL RAÚL

A través de su actitud y de sus obras, el cardenal Raúl Silva Henríquez logró darle a la Iglesia chilena un nuevo matiz. La Iglesia se abrió al pobre, al obrero, al sindicalista, al campesinado, a la clase trabajadora... Y, creando una nueva dimensión de la caridad fraterna, Chile vio un renacer de la Iglesia a favor del pueblo que se sentía marginado de ella por razones ancestrales, políticas y económicas.

Del Concilio Vaticano II, el cardenal trajo un ambiente renovado, ágil, lleno de cambios que hicieron carne el clero que comenzó a visualizar nuevos horizontes pastorales y teológicos. Y la defensa de los derechos humanos en que él colocó a la Iglesia chilena frente a la agresión organizada de su violación en tiempos difíciles para el país, fue otro impacto de enorme significación nacional e internacional.

El cardenal pasó a ser "El campeón" de los derechos humanos, estructurando toda una organización de ayuda y de solidaridad con los perseguidos que le valió muchas incomprendimientos. Llegó a hacerse de grandes enemigos y hasta fue llamado "Lucifer" por destacados personajes. Pero logró servir a innumerables personas que hoy le deben su vida y su honor.

Este hombre inquieto y audaz, que iba al fondo de los problemas, ha sido un baluarte eclesial que, como Cristo según el viejo Simeón, fue un problema para muchos, un

alivio para los más. Lo conocí en su oficina de Caritas. Me impresionó su mirada limpia y profunda y me sentí desde entonces su amigo; amistad que, gracias a Dios, dura hasta hoy. Trabajamos bastante cerca en Valparaíso, luego colaboré con él en la Misión General y a mi regreso de Europa –donde me habían enviado a estudiar las Misiones Interiores– fundamos el Departamento de Misiones del Arzobispado. En 1968 creyó conveniente designarme vicario episcopal de la Zona Rural Costa de Santiago y en esa tarea lo acompañé durante quince años que, agregados a los anteriores, suman veinte años de trabajo junto al cardenal, lo que me da un horizonte muy amplio y profundo del hombre.

Lo considero un líder en el sentido más profundo de la palabra. Hombre tímido, pero seguro de sí. Inquieto permanente, pero con apariencia casi indiferente a la vista de los demás, viendo “bajo el agua” lo que la mayoría no logra visualizar. Grandes condiciones de mando, sin dejar sentir que él manda. Dejando a la iniciativa de sus colaboradores toda la libertad para obrar. Capaz de formar equipos de trabajo y de guiar con absoluta prudencia a sus colaboradores, entregando plena responsabilidad y confianza. No es un lector apasionado. Prefiere adquirir mediante la conversación –y sobre todo el escucha– lo que quiere aprender. Es el hombre sociable por excelencia, requiere compañía, necesita conversar, escuchar, compartir, convivir. La soledad lo aísla, lo aleja, no la resiste. Es amistoso a su manera tan peculiar. Es amigo de sus amigos sin odiar a nadie y perdonando a todos. Para el cardenal su mesa era un centro de vital importancia. Es su casa, siempre hospitalaria, conocí a mucha gente y a las más diversas personalidades del mundo clerical, político, empresarial, profesional, sindical. De Melipilla, donde me fui a vivir por ocupaciones, me trasladaba cada miércoles a Santiago y llegaba a su casa de Simón Bolívar. Ahí alojaba y al día siguiente, después de celebrar la misa y antes de irnos al Arzobispado, lo acompañaba al mercado a comprar pescados, mariscos y frutas para el almuerzo. También lo acompañé en varios viajes a Europa y pasé algu-

nas vacaciones con él, recorriendo Chile. Siempre fuimos muy bien recibidos. Había a lo largo del país una receptividad fabulosa a su persona y a él no dejaba de agradecerle ese cariño de su pueblo por su cardenal.

No puedo dejar de recordar la pena reflejada en su rostro cuando, un día de 1983, le conté que su sucesor me había despedido del cargo de Vicario de la Zona Rural Costa. Después de reflexionar varios días, me sugirió que me fuera a Villa Alegre, a Loncomilla, su casa solariega, donde las religiosas de los Sagrados Corazones tienen una escuela agrícola. Así fue. Me fui como capellán de las religiosas y de dos colegios a que el obispo diocesano me nombró párroco de Villa Alegre.

Entonces allá iba el cardenal a pasar unos días y con qué cariño lo recibía la gente de ese querido pueblo chileno donde él se crió junto a sus padres. Cuando llegaba se hacía sonar las campanas de la Iglesia, la gente acudía, le besaban las manos y él bendecía... y en medio de la bendiciones me decía al oído: "René, te traigo un pavo de nueve kilos y la Clementina te manda una torta para tu cumpleaños..."

Estos y muchísimos otros hechos guardo en mi memoria cargada de gratos y edificantes recuerdos de este gran obispo y amigo que en su encantadora sencillez escondía a un pastor a un hombre sobresaliente para quien la Iglesia y Chile llenaban su corazón.

